ANNE CATHRINE BOMANN

Agathe

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Matemáticas
Ventanas
Rastro
Ruido
Obligación profesional
Agathe I
El ritmo del vecino
Agathe II
Nenúfares
Agathe III
Entre nosotros
Agathe IV
La carta
Agathe V
El espejo
Chaikovski
Agathe VI
El sordo, el mudo y el ciego
Visita
Extraviado
Agathe VII
El lugar de la muerte
Agathe VIII
Nieve
Agathe IX
Amor
La decisión
Café
Agathe X
Natación
Nimiedades
Limpieza
Agathe XI
Fondo y figura
Paz
En casa
Agathe XII
Créditos

MATEMÁTICAS

Si me jubilaba con setenta y dos años me quedarían cinco meses de trabajo. Tiempo que correspondería a veintidós semanas, luego, contando con que todos mis pacientes acudieran, me quedaban exactamente ochocientas conversaciones. Que por supuesto serían menos en caso de anulaciones o enfermedad. A pesar de todo, ahí había cierto consuelo.

VENTANAS

Me hallaba sentado en el salón mirando por la ventana cuando ocurrió. Sobre la alfombra, el sol de primavera formaba cuatro cuadrados escalonados y se desplazaba lenta pero decididamente por encima de mis pies. Junto a mí descansaba una primera edición sin abrir de *La nausée* que desde hacía años intentaba empezar. Las piernas de ella eran flacas y pálidas, y me sorprendió que la hubiesen dejado salir con tan solo un vestido en época tan temprana del año. Había dibujado en la calle las ventanas de una rayuela y saltaba muy concentrada, primero sobre una pierna, después sobre ambas, para cambiar de nuevo. Llevaba el pelo recogido en dos coletas, tendría unos siete años y vivía más arriba de la calle, en el número cuatro, con su madre y una hermana mayor.

En este punto podría pensarse que yo era una especie de ejemplar único que filosofaba sentado a la ventana todo el día, contemplando cosas de mayor enjundia que el tejo de la rayuela y el recorrido del sol por el suelo. Pues no. La verdad era que yo me sentaba ahí porque no tenía nada mejor que hacer, y también a causa de esa especie de vitalidad afirmativa de aquellas exclamaciones triunfantes que en ciertas ocasiones penetraban en mí cuando la niña había ejecutado una combinación de saltos especialmente difícil.

En un momento dado me levanté para prepararme una taza de té y al volver a mi puesto vi que ella no estaba. Seguro que se le habría ocurrido otro juego más divertido, pensé; ambas, piedra y tiza, habían quedado en medio de la calle.

Y entonces ocurrió. Acababa de colocar la taza en el alféizar de la ventana para que se enfriara y extender la mantita sobre mis rodillas cuando vi caer algo en los márgenes de mi campo de visión. Al mismo tiempo que un grito estridente me alcanzaba, logré poner de nuevo en pie mi cuerpo rígido y me aproximé a la ventana todo lo que pude. Ella yacía a la derecha, un poco más abajo de la calle, al pie de un árbol donde comienza el sendero que conduce al lago. Sentado arriba, sobre una de las ramas, atisbé un gato que hacía oscilar la cola. Debajo, la niña se había incorporado hasta sentarse con la espalda apoyada en el tronco mientras se agarraba un tobillo gimiendo entre hipidos.

Retiré mi cabeza. ¿Debía ir con ella? Yo no había hablado con un niño desde que era uno de ellos, y eso no cuenta. Pero ¿no le causaría mayor disgusto que de pronto apareciese un hombre a quien no

conocía para intentar consolarla? Eché otro vistazo furtivo afuera; seguía sentada en la hierba con el rostro lloroso alzado y la mirada puesta calle arriba más allá de mi casa.

Mejor sería que nadie me viese. ¿Acaso no es doctor?, comentarían entre sí, ¿y qué hace entonces ahí parado mirando? De manera que me llevé la taza de té para ir a sentarme frente a la mesa de la cocina. Pero aunque me repetía a mí mismo que dentro de un momento la niña se levantaría e iría cojeando hasta su casa sin mayor problema, permanecí sentado igual que un prófugo en mi propia cocina mientras pasaban las horas. El té se enfrió y enturbió, y la oscuridad cayó antes de que por fin me escabullese de vuelta al salón y medio oculto tras la cortina escrutase la calle abajo. Por supuesto ella ya no estaba.

RASTRO

Desde que la contraté, Madame Surrugue me recibía cada mañana de la misma manera. Día tras día aparecía sentada tras el gran escritorio de caoba como una reina en su trono y cuando yo entraba por la puerta descendía de él para tomar mi bastón y mi abrigo mientras yo dejaba el sombrero en el estante por encima de la hilera de perchas. Entretanto, ella me ponía al corriente de la agenda del día y al final me entregaba una pila de historiales, que el resto del tiempo permanecían pulcramente archivados en una enorme estantería modular detrás del escritorio. Intercambiábamos algunas palabras más y después no volvíamos a vernos por lo general antes de la una menos cuarto, momento en el que me ausentaba del despacho para comer en un restaurante mediocre de los alrededores.

Al regresar la encontraba siempre sentada exactamente igual que la había dejado, y a veces me daba por pensar si ella comería. Yo no detectaba olor a comida y jamás vi nada parecido a una miga debajo de su escritorio. ¿Realmente Madame Surrugue no necesitaría alimentarse para vivir?

Aquella mañana me contó que una mujer alemana había telefoneado con el fin de pasar más tarde a pedir cita.

«He hablado con el doctor Durand del caso. Según parece estuvo ingresada hace pocos años en Saint Stéphane por manía aguda e intento de suicidio.»

«No», dije categórico, «no podemos aceptarla. Su tratamiento durará años.»

«El doctor Durand opina además que debería volver a ingresar, pero por lo visto ella insiste en que la trate usted. ¿Podría buscarle un hueco en la agenda sin demasiado problema?»

Madame Surrugue me dirigió una mirada interrogativa, pero yo sacudí la cabeza.

«No, no puede ser. Haga el favor de pedirle que busque ayuda en otro sitio.»

Cuando llegue el día de mi retiro habré ejercido cerca de medio siglo, tiempo más que suficiente. Lo último que necesitaba era una nueva paciente.

Madame Surrugue continuó mirándome todavía un momento, aunque luego prosiguió su repaso de la jornada sin insistir en el tema.

«Muy bien, se lo agradezco», dije, y tomé de ella la pila de historiales para dirigirme después a mi despacho. Se hallaba al fondo,

en el extremo opuesto de la amplia antesala donde reinaba Madame Surrugue y los pacientes se sentaban a esperar su turno. De ese modo no me distraían durante mi trabajo ni el repiqueteo de la máquina de mi secretaria ni las posibles conversaciones entre los pacientes y ella.

Mi primera paciente, una mujer adusta de nombre Madame Gainsbourg, precisamente acababa de llegar y sentada hojeaba una de las revistas que Madame Surrugue traía de vez en cuando. Exhalé un profundo suspiro y me recordé a mí mismo que después de ella solo me quedarían setecientas cincuenta y tres conversaciones más.

La jornada transcurrió sin puntos de inflexión hasta que regresé al despacho después del almuerzo. Entonces estuve a punto de chocar con una mujer morena, de palidez mortal, parada justo detrás de la puerta de entrada, y me disculpé por la torpeza. La mujer era llamativamente delgada y tenía unos ojos enormes en su rostro afilado.

«No se disculpe, soy yo la que está en medio», dijo, y se adentró en la sala. «He venido a pedir cita.»

Hablaba con un inconfundible acento y comprendí que debía de tratarse de la mujer alemana. Apretaba contra su pecho una carpeta con el logotipo de Saint Stéphane.

«Me temo que no va a ser posible», respondí, sin embargo la mujer dio de inmediato un paso hacia delante y me dijo con encarecimiento:

«Es de vital importancia que obtenga cita. Lamento mucho importunarlo, pero no tengo otro sitio al que acudir. Si usted fuera tan amable de ayudarme.»

De manera instintiva retrocedí. Sus ojos pardos brillaban como si tuviese fiebre y la mirada era tan intensa que me sentía como si me hubiera agarrado un brazo. Sin duda alguna habría que batallar para librarse de ella otra vez, y yo no disponía de tiempo ni fuerzas en ese momento. Hice un gesto en dirección a Madame Surrugue intentando esbozar una sonrisa amable.

«Si me acompaña por aquí», dije, y bordeé a la mujer de soslayo, «mi secretaria le explicará los pormenores.»

Madame Surrugue tenía la culpa de que a la mujer se le hubiese ocurrido aparecer por allí, así que ahora lo propio era que ella misma la rechazara de nuevo.

Me escabullí pasando junto a la mujer, que por fortuna me acompañó hasta el escritorio, y allí la dejé delante de Madame Surrugue con una mirada elocuente.

Mi secretaria alzó la ceja izquierda unos milímetros.

«¿Le importaría ocuparse del asunto, Madame Surrugue?», le solicité, moví la cabeza rígido en señal de despedida y me apresuré al refugio de mi despacho.

Sin embargo, la imagen de la mujer pálida permaneció en mí, y el

resto de la jornada sentí como si el rastro de su perfume hubiese quedado flotando en el aire y formara remolinos igual que el polvo cada vez que yo abría mi puerta.

RUIDO

El tiempo corría a través de mí igual que agua por un filtro oxidado que a nadie le apeteciera cambiar. Era una tarde lluviosa de color plomizo. Había hablado ya con siete pacientes sin involucrarme lo más mínimo y solo me faltaba una antes de que pudiese irme a casa.

Antes de acompañar a Madame Almeida al interior del despacho, eché un vistazo a mi secretaria. Estaba sentada en completa quietud frente al ordenado escritorio mirando fijamente la mesa. El flexo arrojaba su sombra fosilizada sobre la pared detrás de ella, y parecía tan abatida que por un instante consideré si debía decirle algo. Pero ¿qué? En lugar de ello cerré la puerta tras de mí y me volví hacia la paciente.

Madame Almeida, que me sacaba casi una cabeza, circunstancia por la que siempre causaba bastante impresión, se desembarazó del paraguas y el chubasquero con frenéticos movimientos y se sentó en el diván. Alisó su falda color vómito y me lanzó una mirada de reproche a través de las gafitas que guardaban el equilibrio al borde de su nariz ganchuda.

«He tenido una semana espantosa, doctor», declaró, y se recostó en el diván. «No dejo de alterarme. Es cosa de los nervios, se lo aseguro a usted, y así se lo decía también a Bernard. “Bernard”, le dije, “¡me enervas cuando te quedas ahí sentado todo el día!”»

Madame Almeida siempre se enervaba, en ningún momento de su existencia tenía un período bueno. No parecía que la terapia le sirviera de nada en absoluto, y sin embargo acudía fielmente con paso firme dos veces por semana y me regañaba. Hasta la idea de que su vida pudiese mejorar parecía alterarla, y hablando con sinceridad no era fácil entender por qué ella seguía viniendo. Normalmente dejaba que hablase, aunque de vez en cuando intercalaba un comentario o probaba a hacer una interpretación, que ella ignoraba por completo.

«... y entonces ella dijo que yo le debía tres francos de la semana pasada, ¡habrase visto semejante descaro! Eso me llegó al alma y estuve a punto de marearme justo ahí en mitad de la tienda, pero entonces le dije a mi vez...»

Muchos años de entrenamiento me permitían emitir un murmullo en los momentos adecuados sin necesidad de escuchar verdaderamente, y con algo de suerte no llegaba a enterarme de una palabra antes de que se fuera.

Miré hacia abajo y vi que había atravesado el papel con la punta del

lápiz de pura frustración. Entonces comencé una de mis caricaturas de aves.

«¡Porque aunque tenga los nervios delicados no aguanto la desvergüenza, ya se lo digo a usted!», dijo casi a voz en grito Madame Almeida. Fuera llovía con tal violencia en ese instante que no era posible ver a través de las ventanas nada más que contornos imprecisos y, por desgracia, los golpes de las gotas contra los cristales no hacían sino animar a mi paciente a hablar a un volumen todavía mayor de lo habitual.

Por lo visto estaba destinado a soportar trivialidades, pensé resignado mientras me fijaba en una zona de su coronilla que aparecía sospechosamente rala. Me regocijó el hecho de que pudiera estar quedándose calva y que en tal caso yo lo hubiese sabido mucho antes que ella. De inmediato añadí aquel detalle a mi dibujo. Me imaginaba el día en que viese un destello de sí misma desde atrás capturado entre un espejo y un cristal, cómo sus gruesos dedos palparían febriles el lugar, apartando el pelo para dejar al descubierto el cuero cabelludo mientras gritaba: «¡Bernard! ¿Cómo no me has dicho nada, Bernard?» Y así, de un modo u otro, transcurrió otra hora de mi vida. Madame Almeida me agradeció la sesión y sujeté la puerta para que pasase mientras daba la vuelta al bloc cuidadosamente para que no viera el avestruz calvo.

Faltaban seiscientas ochenta y ocho conversaciones. En ese preciso instante, seiscientas ochenta y ocho me parecían una barbaridad.

OBLIGACIÓN PROFESIONAL

Una mañana, varios días después, tuve que interrumpir a Madame Surrugue durante su recorrido por la agenda: «Un momento, ¿qué acaba de decir? ¿Así que al final le ha dado hora a la mujer alemana?»

Movió la cabeza con un único y resuelto movimiento afirmativo.

«Sí, debo decir que ha sido muy insistente. Está firmemente decidida a someterse a terapia y por lo que parece ha oído hablar bien de usted.»

Solté sonoramente el aire por la nariz; ¿desde cuándo había motivos suficientes para contravenir mis instrucciones?

«Le expliqué que usted solo iba a ejercer medio año más. Y se ha mostrado enteramente conforme, así que negarse me pareció, con franqueza, fuera de lugar.»

Tenía razón. Si la mujer alemana se conformaba de veras con medio año, el hecho de admitirla no chocaba con lo ético, y encima debería estar contento por el dinero adicional. Sin embargo, no lograba sacudirme el disgusto. ¿Cómo se había atrevido Madame Surrugue, en contra de mi expreso deseo, a meter a la fuerza todavía una persona más en esa vida que yo intentaba despejar?

Pero el caso era que la mujer, que por lo visto se llamaba Agathe Zimmermann, ya tenía una cita para el día siguiente a las tres, y yo no veía la forma de cambiar aquello.

Cuando el último paciente abandonó el despacho, fui hasta donde se encontraba Madame Surrugue, que estaba recogiendo sus cosas. Me miró como quien busca algo y preguntó si había sido un día duro. Me encogí de hombros y dije que lo mismo que muchos otros antes. En realidad aún seguía enojado con ella, aunque esperé a que reuniera todas sus cosas y se pusiera la chaqueta para así sujetar la puerta y que ella pasase.

«Gracias», dijo, y salió bajo una llovizna casi imperceptible.

Asentí y cerré la puerta detrás de nosotros.

«De nada. Buenas tardes.»

«Buenas tardes, Monsieur. Hasta mañana.»

Camino de casa las piernas tiraban de mí cada una en una dirección. Me imaginé que una de ellas quería llevarme a casa para comer algo de pan, sentarme en mi cómodo sillón y poner las piernas encima del taburete mientras escuchaba música de Bach y llegaba la noche. La otra se mostraba inquieta y me recordó aquella vez de niño en que sufrí dolores debidos al crecimiento. Las rodillas me dolieron tanto que

lloré, pero mi padre, sin apenas levantar los ojos del cuadro en el que trabajaba, me dijo: «Simplemente te estás haciendo mayor. Ya se te pasará.»

A lo mejor la pierna anhelaba viajar. Nunca había ido más allá de París, jamás cruzó una frontera. Ahora al cabo de los años, ya tan viejo, no iba a ser posible, y el dolor era permanente.

En cualquier caso, yo decidía qué dirección tomar y conduje mis pasos renqueantes a través del frío vespertino hasta llegar a la puerta del jardín en la rue des Rosettes número nueve. La calle olía de modo insistente a tierra recién cavada; varios de mis vecinos habían hecho arriates y pasaban horas escardando y plantando semillas. En cuanto a mí, cultivaba obstinadamente islas de musgo que crecían igual que anillos en el mar de hierba.

Después de que hube comido, cuando las suaves oscilaciones de los violines llenaban el espacio en torno a mí como si fueran algodón, me asaltó una secuencia de pensamientos que cada vez con mayor frecuencia me importunaba. Y aunque la venía venir y sabía el malestar que me provocaba, no la rechazaba. De alguna manera lo que deseaba en el fondo era estar allí sentado totalmente solo y sentir pena de mí mismo.

Siempre empezaba del mismo modo: ¿por qué nadie me había contado lo que sucede con el cuerpo cuando uno se hace viejo?

¿Por qué no me hablaron de los miembros doloridos, la piel sobrante y la invisibilidad? Envejecer, pensé mientras me inundaba la amargura, consiste sobre todo en comprobar cómo la diferencia entre el yo de uno y su cuerpo va aumentando progresivamente hasta que un día uno se vuelve un completo extraño para sí mismo. ¿Qué había en ello de hermoso o natural?

Y justo cuando el disco llegó a su fin y el silencio me abandonó a la soledad del cuarto de estar, vino el golpe mortal: no había salida. Tenía que vivir en aquella traidora cárcel gris hasta el día en que acabase conmigo.

Saint Stéphane,
Montpellier, 21 de junio de 1935

Informe acerca de Agathe Zimmermann
En términos generales la paciente no se ha mostrado comunicativa desde su ingreso esta mañana, por eso parte de lo que se consigna a continuación procede de sus antiguos historiales.

Antecedentes:
Mujer alemana de 25 años, casada, emigra a Francia en 1929 para estudiar. Con 15 años se observan en ella conductas de autolesión e intentos de suicidio, hallándose durante la adolescencia bajo el control regular del médico local Dr. Weinrich.
La paciente procede de una familia acomodada compuesta de madre, padre y una hermana dos años menor. No hay patologías psíquicas en la familia excepto una tía por línea paterna que pasó la mayor parte de su vida adulta en un manicomio de Viena. El padre es ciego, pero trabajador por cuenta propia, la madre es ama de casa.

Situación actual:
La paciente es ingresada en el día de hoy tras haber acudido a su propio médico quejándose de extrema tristeza y pensamientos suicidas. Aun así, se opone a este ingreso. Presenta histerismo y exaltación, y se la ha inmovilizado. La paciente aparece pálida, desnutrida y con arañazos en el rostro, también le faltan mechones de pelo.
Resulta difícil comunicarse con la paciente, pero grita y llora cuando se la deja sola.
Alergias: no conocidas.

Plan de actuación: Se evaluará posible psicosis (dem. praecox), observación de la paciente durante los próximos días. Administración de éter en caso necesario e hidrato de cloral, 20 mg por la noche.

Dr. M. Durand, jefe dpto.

AGATHE I

«Así que volvemos a vernos. Pase, Madame Zimmermann», le dije a modo de saludo, y estreché su mano excesivamente fría. Llevaba una falda marrón y una informe blusa negra de cuello alto que parecía al menos dos tallas demasiado grande para su escuálido cuerpo. La intensa mirada del otro día había desaparecido y en aquel preciso instante resultaba difícil imaginar cómo pudo imponerse al doctor Durand y a Madame Surrugue.

¿Lograría yo quitármela de encima?

«Siéntese en el diván y póngase cómoda.» Con un gesto le indiqué el canapé de color verde y yo me senté en la hundida butaca cuyo asiento parduzco se hallaba tan desgastado que en algunos lugares parecía casi negro.

«Gracias, pero primero de todo tiene que prometerme que dejará de llamarme Madame Zimmermann. Llámeme Agathe si es tan amable.»

No era usual llamar a las pacientes casadas por su nombre de pila, pero tampoco pasaba nada por plegarse a su deseo. «Como usted quiera.»

Esbozó una sonrisa y echó un vistazo a su alrededor, a la habitación que, además de la butaca y el diván, contenía un escritorio con su silla a juego, también dos altas estanterías llenas de libros, que una vez reuní y leí con enorme afán. Después se sentó con precaución, se giró y por fin se tendió sobre la espalda.

«Bien. De todos modos, quisiera en primer lugar volver a sugerirle que busque ayuda en otro sitio», comencé diciendo. «Como ya sabe me retiro dentro de poco, en menos de medio año, y para serle sincero no podré curarla en tan corto período de tiempo. Le convendría más encontrar a alguien que pudiera acompañarla durante todo el proceso, un médico en París quizá.»

Agathe se incorporó de golpe y exclamó: «¡Ni pensarlo! No quiero que me ingresen ni tomar medicinas; solo deseo tener a alguien con quien hablar y he decidido que sea usted.» Había sacado el mentón y clavaba sus ojos en los míos con una mirada que me decía que para librarme de ella tendría que sacarla arrastrándola del pelo. Asentí con un suspiro.

«Si verdaderamente es eso lo que quiere.»

«¡Sí, así es!»

«Perfecto. En caso necesario puedo ponerla en manos de alguno de mis colegas el día que nuestro tiempo juntos llegue a su fin.» Ella se

encogió de hombros como si le diera completamente igual y se tendió de nuevo. Con un rápido movimiento se secó bajo la nariz. Después se quedó quieta.

«Entonces le propongo», proseguí, «que empecemos viéndonos dos veces por semana, los martes a las tres y los viernes a las cuatro, una hora en cada ocasión. Mis honorarios son treinta francos la hora. Si no le es posible acudir le agradecería que avisara, no obstante, le facturaré todas las horas hasta el día en que decida dejar de venir.»

Ella asintió. Volví a percibir el olor de su perfume, un soplo especiado que de vez en cuando alcanzaba mi nariz. ¿A qué me recordaba?

«Bien. Sepa que puede contarme con entera confianza todo lo que sienta. La mentira y callarse cosas no hacen sino retardar el proceso, y nada de lo que hablemos aquí saldrá jamás de esta habitación.»

Como siempre concluía mi breve monólogo con una frase que tenía por finalidad invitar a la paciente a entablar conversación: «Y ahora me gustaría escuchar algo más acerca de lo que la atormenta.»

Agathe titubeó y entrecerró un poco los ojos.

«He venido», dijo entonces con su marcado acento y quizá justo por ello de manera tan escrupulosa que todas las sílabas se oían con claridad, «porque he vuelto a perder las ganas de vivir. No me hago ilusiones de llegar a sentirme bien, pero al menos querría poder funcionar.»

Por lo que parecía tenía ante mí toda una rareza, alguien que no pedía milagros. La inmensa mayoría de mis pacientes venían buscando ayuda para llevar una vida feliz y exenta de problemas, sin embargo esa no era una mercancía que yo distribuyera.

«¿Y qué es lo que le impide funcionar?», le pregunté.

Agathe comenzó a contarme sus síntomas. Sufría dolores de cabeza y eccema, lloraba a menudo y de repente podía estallar en violentos accesos de furia. O bien dormía demasiado o no dormía en absoluto, y finalmente tampoco era capaz de desempeñar ya su trabajo como contable de un auditor en la ciudad. Tras coger la baja por enfermedad unas semanas atrás, pasaba la mayor parte del tiempo llorando, gritándole a su marido Julian o echada en la cama en posición fetal. Yo escuchaba distraído sus lamentaciones mientras intentaba descubrir a qué olía ella.

«Algunas veces», dijo como en una ensoñación, «fantaseo con arañarme hasta sangrar o desfigurarme de tal modo que nadie pueda reconocerme.»

La disparidad entre aquellas palabras y su completa falta de gestualidad resultaba chocante.

«¿Sí?»

«Me entran unas ganas irrefrenables de eliminar mi cara; no la

merezco.»

«¿Desearía tener otra en lugar de la suya?», le pregunté, pero ella negó con la cabeza.

«No. Solo quiero eliminarla.»

Hice una breve anotación en mi bloc y volví a suspirar. Tal y como yo había supuesto estaba muy enferma y me sería imposible ayudarla en los pocos meses que tenía por delante. Maldije a mi testaruda secretaria; por su culpa ahora cargaba con una perturbada mental obsesiva a la que parecía habérsele metido en la cabeza que yo podía librarla de sí misma.

«Comprendo», dije de todos modos. «Y voy a hacer lo que esté en mi mano por ayudarla. Vamos a dejarlo por hoy y nos vemos de nuevo entonces el viernes a las cuatro.»

«Gracias doctor», dijo Agathe circunspecta mientras me daba la mano para despedirse. «Significa mucho para mí.»

Saint Stéphane,
Montpellier, 20 de agosto de 1935

Informe acerca de Agathe Zimmermann
A las 8.12 horas del día de hoy se ha impedido el suicidio de la paciente con una hoja de afeitar.
Se desconoce cómo la ha conseguido. Antes de que la enfermera Mme. Linée la encontrase ya se había cortado en la muñeca derecha. Ha recibido ocho puntos de sutura con hilo de seda que será retirado dentro de 10-14 días.
Por el momento se halla inmovilizada y permanecerá así hasta que esté más calmada.
Desde su ingreso el 21 de junio se ha intentado tratar a la paciente en un principio con éter y después con ECT. El llanto ha disminuido, pero en general se muestra apática y difusa en el trato, aparte de aislados ataques de histeria. No presenta síntomas psicóticos manifiestos, las observaciones sugieren más bien una afección maníaco-depresiva.

Plan de actuación:
Se continuará el tratamiento con éter por la noche, así como durante los ataques. Ni salidas ni visitas, y se mantendrá la inmovilización excepto durante las comidas supervisadas. Si la paciente persiste en su conducta anoréxica se le administrará alimentación forzada.

Dr. M. Durand, jefe dpto.

EL RITMO DEL VECINO

Mi vecino tocaba el piano. No muy a menudo, aunque siempre la misma pieza desmañada, como si en realidad no supiese tocar, sino que se hubiera aprendido esa melodía de memoria. Yo no sabía qué era, pero con el tiempo me gustó y en varias ocasiones me sorprendí tarareándola mientras recogía después de comer o hervía agua para el té.

Después de un día especialmente largo y fútil en el despacho me quedaba dormido temprano en mi sillón, arrullado suavemente por su pausado tecleo al otro lado de una de esas paredes que separan pero al mismo tiempo generan cercanía. Porque nos conocíamos, él y yo. Llevábamos viviendo pared con pared tantos años que todos los ruiditos constituían hábitos que podíamos seguir sin mediar reflexión alguna –ahora era el momento de la obligada última visita al aseo antes de acostarse, ahora se despertaba y arreglaba para ir a la iglesia–. Primero se encontraba de un humor excelente, después triste y vacío –todo eso me lo figuraba a partir del modo en que le oía mover sus dedos por las teclas y en los silencios que había entre las señales de vida que daba–. Una vez transcurrió todo un fin de semana sin que yo oyese ni un solo sonido al otro lado, cosa que me intranquilizaba cada vez más. Lo que más me aterraba por supuesto era que pronto tendría que ir y llamar a su casa, de manera que sentí un enorme alivio cuando oí finalmente la puerta y supe así que aún vivía.

Dudaba de que pudiera reconocerlo si me lo encontraba por la calle. Generalmente yo iba sumido en mis pensamientos, pero aun en el caso de que hubiese prestado atención tampoco habría sabido qué buscaba. ¿Un hombre alto o bajo? ¿Conservaba algo de pelo? No tenía ni idea. Sin embargo, su ritmo, su cadencia al transitar por la vida, eso sí que lo conocía y reconocía. Me sentía en íntima conexión con él y, aunque yo no pudiera saberlo, estaba seguro de que a él le pasaba lo mismo conmigo. Cuando se me caía una taza al suelo de baldosas de la cocina o si rara vez me ponía a cantar, pensaba en él. Puede que se hallase al otro lado escuchando con la cabeza ladeada. O a lo mejor un día llamaba a la puerta para ver quién era yo.

Así reflexionaba yo. Sin duda sonará raro, porque comprendo que debo de parecer un hombre solitario, aunque tampoco se me pasó nunca por la cabeza que él fuera a ser otra cosa que un amigo invisible. ¿Por qué íbamos a tener algo en común en el mundo real? Desempeñábamos los papeles que nos habían sido asignados; dos

personas que por azar se hallaban en el mismo lugar de una ciudad que albergaba veinte mil más, donde la inmensa mayoría de ellas eran extrañas entre sí.

Jamás fui de los que quebrantan un movimiento de inercia, de modo que, a pesar de que no hubiese más que doce metros entre su puerta del jardín y la mía, nunca se me ocurriría tomar ese desvío.

AGATHE II

«Es como si yo anduviese por ahí con uno de esos cabases, ¿sabe usted esos maletines donde las niñas llevan sus juguetes?»

Emití un murmullo afirmativo.

«Está cerrado y yo lo aprisiono contra mí cuidando de que no se abra. La gente a mi alrededor lo ve y piensa que está lleno de todo lo imaginable –conocimiento, buenas cualidades, destrezas y cosas por el estilo–, y mientras permanezca cerrado nadie sabrá la verdad. Pero de repente tropiezo y se me cae el cabás, entonces se abre ¡y en ese instante su contenido queda vergonzosamente al descubierto para todos! El maletín está vacío, ¡no hay absolutamente nada dentro de él!»

Agathe yacía boca arriba con las manos entrelazadas bajo el pecho y los ojos abiertos por completo mientras hablaba. Desde mi posición en diagonal detrás de ella podía observar hasta su más mínimo movimiento al tiempo que quedaba cómodamente oculto. Sus negras pestañas vibraban un poco, el pecho ondeaba de forma rítmica arriba y abajo, pero aparte de eso no había ningún otro movimiento.

La voz fluía sonora y desinhibida.

«Hum», volví a murmurar. Ese modesto sonido, que no exigía nada, bastaba la mayoría de las veces para lograr que los pacientes hablasen.

«¡Es espantoso!» Su voz cobró energía. «Me siento una traidora que a cada instante se arriesga a ser desenmascarada, la única incógnita es quién lo hará y cuándo. De manera que me quedo en casa metida en la cama y de repente ha pasado una semana.»

Consideré qué opciones tenía. Dejar que siguiera hablando, plantear una pregunta o intervenir. Como no se me ocurrió nada razonable que decir, pregunté: «¿No hay nadie que conozca el contenido de su maletín? ¿Su marido, por ejemplo?»

«Julian y yo mantenemos una relación complicada.»

«Comprendo.» Tanteé otro camino: «¿Qué ocurriría si usted misma abriese el maletín o simplemente lo dejase en casa y saliese tal y como está usted?»

Ella rió, pero fue un sonido comprimido, insulso, que nada tenía que ver con la alegría.

«Eso, doctor, significaría tanto como desaparecer. ¡Ese maletín es todo lo que poseo!»

Toda esa charla sobre maletines resultaba fatigosa, me dolían las rodillas y sentía presión en las sienes. Cuidadosamente, a fin de no

perturbar a Agathe, estiré y doblé las piernas unas cuantas veces. Sirvió. Faltaban diecisiete minutos para que pudiese cerrar la puerta detrás de ella y complacerme en las cifras de la jornada, que con tranquilizadora determinación se encaminaban hacia el cero.

«Dígame algo más acerca de lo que la gente cree que usted guarda en el maletín, Agathe», le pedí, distraído mientras añadía los contornos de un ala rota al gorrión desgreñado de mi bloc.

NENÚFARES

Sin duda alguna uno de los peores momentos de mi trabajo era hablar con gente que había perdido a un ser querido. Prefería mil veces un estado severo de ansiedad o un individuo que sufre las consecuencias de un desarrollo complicado; contra la muerte no se podía hacer nada y nunca supe cómo actuar frente a pacientes en duelo.

Pero cuando uno ejerce durante medio siglo es imposible no toparse con ello, y un día Monsieur Ansell-Henry llegó tarde a una de sus citas por vez primera en toda nuestra trayectoria juntos. AnsellHenry tenía ideas obsesivas y por lo general no se le podía poner tacha alguna: llegaba y se iba a tiempo, respondía a lo que se le preguntaba, y el traje de chaqueta a medida, exento de manchas, le sentaba como una prolongación lógica de su cuerpo rígido. Hasta aquel día.

«Mis excusas, doctor», murmuró cuando entró arrastrándose en el despacho casi veinte minutos tarde y se desplomó en el diván.

«Bueno, Monsieur, pase, casi había renunciado a verlo hoy», dije preguntándome si AnsellHenry se encontraba enfermo. Parecía que acabara de levantarse y hubiese acudido con la misma ropa con la que había dormido, y estaba claro que venía sin peinar ni afeitar.

De inmediato empezó a sollozar.

«Pero ¿qué ha sucedido?», le pregunté. No obstante él se limitó a sacudir la cabeza y hundió el rostro entre las manos. Su cuerpo entero se agitaba descontrolado. Primero me quedé mirándolo, después lancé un vistazo a la puerta cerrada invadido por un fuerte impulso de llamar a Madame Surrugue. Ella sabría qué hacer; era evidente que el asunto requería de la atención femenina más que del análisis clínico.

Por hacer algo de todos modos me levanté y tomé un pañuelo de papel de la caja de madera del estante.

Entonces carraspeé y dije: «Veo que está sufriendo, pero tiene que contarme lo que ha sucedido para que yo pueda ayudarle.»

Al principio pensé que no iba a responder, entonces alzó levemente la cabeza.

«Marine ha muerto», oí a trompicones entre los hipidos de su respiración, «murió ayer.»

Marine era la esposa de Ansell-Henry y la única persona en este mundo por la que él sentía afecto. Ante todos los demás se mostraba redicho y reservado, de algún modo ella había logrado atravesar su coraza.

Mi paciente se irguió, tomó el pañuelo que yo le ofrecía y secó sus ojos para terminar sonándose la nariz con energía. Después parpadeó confundido y me miró verdaderamente por vez primera. Yo correspondí a su mirada, aunque no sabía qué decirle. ¿Qué esperaba de mí? Mis manos parecían animales inquietos en mi regazo, así que agarré fuertemente mi mano izquierda con la derecha y apreté.

«Lo lamento», dije.

Asintió, aunque seguía sin apartar su mirada de mí. ¿Percibiría mi lucha interior? ¿Resultaba tan obvio que yo no tenía idea de qué hacer para ayudarle?

«Como es bien sabido, durante los períodos de honda pesadumbre similares al que ahora sufre usted, puede darse una regresión a fases anteriores», comencé a decir mientras sentía que por momentos me aceleraba al hablar. «A lo mejor nota que se enfurece en mayor medida de lo que suele hacerlo o que durante un tiempo pierde el interés por sus quehaceres cotidianos. Es algo del todo natural y no debe alarmarse por ello. Se le pasará.» Le dediqué una sonrisa que esperaba transmitiera ánimo. «Todo esto se le pasará por completo.»

Ansell-Henry frunció el ceño. Incapaz de sostener por más tiempo la mirada de sus ojos, bajé los míos al bloc donde anoté un par de palabras al azar.

«Mi esposa va a ser enterrada dentro de tres días. La única persona que he querido en toda mi vida ha muerto», su voz henchida de llanto se quebró, «¿y usted dice que se me pasará?»

Mi boca se había quedado tan seca de pronto que resultaba difícil despegar la lengua del paladar.

«No era eso lo que yo pretendía», me compelí a decir. «Siento muchísimo semejante pérdida, Monsieur.» No pude añadir más. Separé los brazos del cuerpo en señal de impotencia. «¿Podría sugerirle que aplazáramos nuestra conversación hasta que usted vuelva a hallarse en disposición?»

El pañuelo hecho una bola arrugada que él había dejado tras de sí sobre la mesa al marcharse se desdoblaba lentamente. Seguí el movimiento con la mirada mientras transcurrían los minutos y por algún motivo me era imposible arrancarme del instante. Incluso una vez que se hubo quedado completamente quieto igual que un nenúfar solitario sobre la pulida superficie de caoba, permanecí allí sentado.

AGATHE III

Respiré hondo varias veces llenando los pulmones, balanceé la cabeza de un lado a otro y roté los hombros a fin de que circulase la sangre. Con frecuencia se me agarrotaba especialmente la parte izquierda del cuerpo, que era la que quedaba frente a la ventana.

Después abrí la puerta.

«Buenos días, Agathe, pase.»

Parecía que resollara un poco; a menudo llegaba en el último momento y ni siquiera le daba tiempo a sentarse en la sala de espera antes de que yo la llamase.

«Gracias, doctor.»

Después de colgar la chaqueta y desembarazarse de una enorme bufanda de punto, se echó en el diván. Aquel día llevaba un vestido lila y bailarinas de color negro, su cabello oscuro le caía suelto sobre los hombros. El flequillo recortado la hacía parecer más joven de lo que era, de modo que allí tendida sobre el canapé con las manos unidas sobre el estómago me recordaba a la niña de un cuento que una vez leí.

Unas semanas antes le pedí que anotase todos sus sueños, y por propia iniciativa empezó a contarme el último: «Un hombre al que no conocía quería que yo mirara a través de unos prismáticos que traía consigo. Primero la imagen era borrosa, pero una vez que giré las lentes apareció clara ante mí. Se veían intestinos, pulmones, corazón, todos los órganos imaginables. Los prismáticos estaban dentro de mí, ¿comprende?»

En términos generales ella no había mencionado a su familia a lo largo de las sesiones que llevábamos, pero la intuición que me decía que nos encontrábamos a las puertas fue confirmada de inmediato.

«¿Qué le viene a la mente cuando digo prismáticos?», pregunté.

«Mi padre.»

«¿Y por qué?»

«Mi padre era ciego. Poseía tal habilidad en las manos que podía reparar relojes y hacer funcionar cosas que nunca había visto. Tenía un pequeño taller al que la gente acudía con aparatos rotos, entonces ellos le contaban cómo eran y para qué servían. Después se sentaba junto a todos sus pequeños cuencos y cajitas que contenían componentes y conseguía arreglarlos, ya le costara días o semanas, dependiendo de la complejidad del mecanismo. Pero lo cierto es que volvían a funcionar perfectamente.»

Sonrió con las comisuras de los labios hacia abajo. «En una ocasión una mujer que venía de Suiza le entregó un reloj. Un elegante reloj de bolsillo de oro. Después de veinte años se había parado y él tardó cinco semanas en hacerlo funcionar de nuevo. Las piezas eran tan diminutas que yo apenas podía agarrarlas con los dedos, no obstante, él tenía una especie de pinzas pequeñas...» Su voz se extinguió.

«Y los prismáticos del sueño ¿hacen referencia entonces a la ceguera de su padre?», pregunté.

«No de manera directa, no. Mis padres esperaron mucho tiempo antes de tenerme. Temían que la deficiencia de él fuese hereditaria y que yo también naciera ciega, pero finalmente hablaron con un médico que descartaba que eso sucediera. Así que mi madre se quedó embarazada. Sintieron un gran alivio cuando los médicos confirmaron que mis ojos funcionaban perfectamente, y para el bautizo mi padre me regaló unos prismáticos con una inscripción.»

«¿Y qué decía?»

«Für Agathe, der Apfel meines Auges.»

Aquellos extraños sonidos no me decían nada, pero ese concienzudo acento que ponía en cada una de las letras, incluso en las eses finales, le sentaba justo como un guante a Agathe. Su nombre sonaba distinto en alemán y me pregunté si no le disgustaría oírlo continuamente mal pronunciado. *Agathe*; me entraron ganas de decirlo en voz alta, tal y como ella acababa de hacer, pero me contuve.

«Significa algo así como “mi globo ocular”», aclaró ella.

«O “la niña de mis ojos”, quizá», sugerí yo, y concluí: «Pues ahora, aquí en mi consulta, tiene que enfocar los prismáticos hacia usted misma.»

En ese preciso instante caí en la cuenta de qué fragancia desprendía ella. Olía a manzanas asadas al horno con canela, como solía hacerlas mi madre.

ENTRE NOSOTROS

La cifra de la jornada era quinientos veintinueve y yo me desperté a las seis y veinticinco de la mañana con palpitaciones y un fuerte hormigueo en mi pierna izquierda. Al principio creí que habría dormido en mala postura, pero no se me pasó después de haber dado una vuelta por el salón. Aquí no hay suficiente espacio, pensé irritado cuando mi cadera golpeó contra la mesa, ¿y si me desplomara aquí mismo? ¿Cuánto tiempo podría llegar a transcurrir antes de que alguien me encontrase? Sentí la vehemente necesidad de tomarme el pulso aunque sabía que eso no haría sino empeorar la situación, en lugar de ello procuré tranquilizarme diciéndome que si moría de un ataque al corazón justo en ese instante, al menos todo habría pasado ya. Y en tal caso daría exactamente igual que me encontrasen o no.

Aquello resultó y media hora después cerraba la puerta tras de mí. Con la cartera en una mano y el bastón en la otra di la vuelta a la esquina para cruzar la rue Martin y continuar cuesta abajo. El camino parecía más empinado que cinco años atrás. Hay cosas como esa que uno descubre al hacerse mayor: que las aceras son irregulares, los adoquines están torcidos y que tendría que haber valorado más las piernas mientras funcionaban bien.

Aquel día di un pequeño rodeo a fin de pasar por un café que durante años había empleado como escenario de una singular fantasía. Se originó el día en que por casualidad vi a una pareja de mediana edad sentada en el interior frente a una de sus mesitas. Por algún motivo me quedé parado en la calle mirando cuando ella alzaba su mano y acariciaba la mejilla de él. Entonces él se inclinó hacia su mano y sentí, exactamente igual que si fuese yo el que se sentaba allí, cómo el calor fluía del uno al otro volviéndose imposible saber quién era quién.

Desde entonces convertí en hábito echar una mirada al café e imaginarme que un día podía ser yo quien se sentara ahí.

En ese momento no había más que unas pocas personas con periódicos y el café de la mañana, y tras un único vistazo escrutador giré en dirección a la clínica.

Al llegar Madame Surrugue se levantó del escritorio para venir a mi encuentro. Pero falló nuestra sincronización; le di el abrigo al tiempo que ella iba a por mi bastón, y cuando quise entregárselo, nuestras manos chocaron. Era extraño porque con el paso de los años cada movimiento había sido reducido a lo absolutamente imprescindible y

por lo general todo fluía sin que ninguno de los dos pensara en ello. Evité mirarla, la situación resultaba incómoda, y lo único que deseaba era ir a refugiarme en mi despacho. Tomé la pila de historiales mientras emitía un sonido que podía significar gracias y hui.

Por fortuna, en el mismo instante en que me hundí en la silla, olvidé del todo a Madame Surrugue. Hojeé someramente las anotaciones, pero enseguida mis pensamientos se dispersaron. Supongamos que se demostrara que la vida en el exterior de aquellas paredes fuera igual de fútil que en su interior; ciertamente era una posibilidad. ¿Cuántas veces había escuchado las quejas de mis pacientes sintiéndome dichoso de no llevar la vida de ellos? ¿Cuántas veces miraba con desprecio sus rutinas o me divertía a hurtadillas con sus estúpidas preocupaciones? Caí en la cuenta de que yo me había forjado la idea de que la auténtica vida, el pago por todas mis fatigas, llegaría el día que me jubilase. Pero, sentado allí en ese momento, no fui capaz de entrever cuál iba a ser el contenido de esa vida que justificara la ilusión por que llegase. ¿Acaso no eran la angustia y la soledad lo único que me cabía esperar con total seguridad? Qué patético. Yo era exactamente igual que ellos, pensé, y salí a recibir al primer paciente del día con un dolor sordo en la cadera y una molestia intermitente bajo las costillas.

AGATHE IV

A lo largo de los años había tratado a un buen número de pacientes maníacos, y se les notaba inestables, nerviosos o incluso algo psicóticos –en una ocasión hablé con un hombre que se jugó toda su fortuna en tres días maníacos porque creía poseer un don divino para designar los caballos ganadores.

Sin embargo, Agathe era distinta. Aun siendo evidente que lo estaba pasando mal, acudía fielmente a cada una de las sesiones de terapia, y mi impresión general era que parecía triste. Por esa razón empecé a pensar si el diagnóstico del Saint Stéphane sería de veras correcto, y un día decidí preguntarle a ella misma.

«Agathe, cuando usted vino aquí traía por supuesto su historial consigo y en él me ha sorprendido una cosa.»

«¿Ah, sí? A mí me han sorprendido varias», dijo agria. «Por ejemplo, no entiendo cómo puede servirle de ayuda a una persona desgraciada que la aten a una cama y reciba corriente eléctrica en el cerebro.»

«No, claro», reconocí, pues yo tampoco había sido nunca partidario de la terapia electroconvulsiva ni de la terapia de choque insulínico. «Pero dicen que sí tiene efectos beneficiosos en casos difíciles.»

Ella se encogió de hombros.

«Pues de todos modos a mí no me ha beneficiado en absoluto.»

«Lo que me sorprende», expliqué, «es su diagnóstico. Llevo hablando con usted más de dos meses y a mí me parece que básicamente es depresiva. ¿Sigue sufriendo episodios maníacos?»

Agathe se quedó reflexionando un momento.

«No estoy segura de saber lo que se considera maníaco. Pero tengo importantes accesos de ira y de vez en cuando me siento invadida por una energía especial y entonces casi me resulta imposible dejar de infligirme daño a mí misma. El otro día me hice esto.» Levantó su flequillo y reveló una pequeña pero profunda herida en la sien.

«Un armario», dijo.

«Una estupidez», respondí lacónico pensando que en definitiva el diagnóstico bien podía ser exacto.

«Me alegra pagarle una cantidad tan enorme de dinero para que penetre hasta los rincones más escondidos de mi mente, doctor.»

«Touché», dije sin poder evitar una sonrisa.

Cuando se hubo marchado consideré si no sería yo el que en realidad se estaba volviendo bipolar. Porque, aunque seguía repitiéndome a mí mismo que Agathe representaba un engorro y que

jamás debería haber venido, ¿no era a la vez cierto que había empezado a disfrutar de nuestras conversaciones? ¿Y no ocurría también, para ser totalmente sincero, que procuraba no ventilar los días que ella había estado aquí para mantener la fragancia de manzanas durante un poco más de tiempo?

28 de abril de 1948

Buenos días, Monsieur:

Por motivos personales me veo obligada lamentablemente a ausentarme del trabajo durante un par de semanas y puede que más tiempo. He dejado preparados los historiales de hoy y los demás están, como sabe, archivados por año y apellido detrás del escritorio. ¡Mis más sinceras disculpas!

A. Surrugue

LA CARTA

A lo largo de los treinta y cinco años que Madame Surrugue había trabajado para mí, solo en dos ocasiones cogió la baja. La primera cuando su madre murió, la segunda por causa de una grave pulmonía que la obligó a guardar cama durante algunas semanas, por eso generó en mí cierta alarma leer su carta. ¿Qué podía haber sucedido?

El sol primaveral brillaba con insistencia y el aire de la consulta se percibía encerrado y sofocante. Abrí una ventana de par en par y tomé la pila de historiales de la jornada. La amplia habitación parecía extrañamente vacía sin mi secretaria, pues aunque con los años no hubiéramos llegado a tener familiaridad, y mucho menos amistad, ella se había convertido en una parte tan fundamental de mi lugar de trabajo como pudiera serlo el diván o mi butaca.

Las conversaciones del día transcurrieron sin que ninguno de mis pacientes lograra sorprenderme ni interesarme. Primero, la neurótica Madame Olive, que abrillantaba todo el servicio de mesa de la casa cada mañana antes de que el resto de la familia se levantara. A continuación, Madame Mauresmo, cuyo marido la había tratado tan mal que debería haberlo dejado mucho tiempo atrás, pero en cambio transformaba su enojo en vergüenza antes incluso de que pudiera notarlo. Y por último Monsieur Bertrand, que más bien echaba en falta alguien con quien hablar. En un principio vino a mí quejándose de dolores en el pecho, y aunque sigo escuchando de vez en cuando el retumbar de su corazón, nuestras charlas giraban sobre todo en torno a sus dificultades a la hora de hacerse valer frente a sus hijos.

Me hallaba sentado en la silla en un estado similar al de trance mientras escuchaba lo esencial del relato de Monsieur Bertrand cuando se oyó un repentino estruendo en la antesala. Me excusé ante mi paciente para apresurarme a ver qué pasaba afuera. Un jarrón con flores amarillas estaba volcado sobre el enorme escritorio de Madame Surrugue y los papeles aparecían desperdigados por el suelo. Tardé un instante en darme cuenta de lo sucedido. Por supuesto me había olvidado por completo de la ventana abierta y ahora el viento me castigaba por ello. Los pacientes que hubieran esperado ahí sentados debían de haber permanecido también en medio de la corriente, y una vez más me vi echando en falta a mi secretaria. Cerré la ventana y recogí lo imprescindible, tras lo cual regresé con mi paciente y enseguida concluí la conversación con él.

«Hasta la próxima semana, doctor.»

Esas palabras exactas decía Monsieur Bertrand cada vez que terminábamos una sesión, y quizá todo fuera repetición, en efecto, cuando uno llegaba a mi edad. Cuatrocientas cuarenta y ocho, pensé en un intento por darme ánimos. Únicamente me vería obligado a hablar cuatrocientas cuarenta y ocho veces más con estas personas, a las que después de tanto tiempo ya ni siquiera hacía esfuerzos por entender.

Tras el desfile de la mañana recorrí el corto trayecto hasta Mon Goût. El dueño, cuyo nombre desconocía, pero cuyo rostro picado de viruelas veía cinco veces a la semana desde que el restaurante abrió, asintió en silencio en dirección a mi mesa. Poco más tarde regresó con un gran plato de patatas con bechamel y jamón glaseado.

Mon Goût no era famoso por la alta categoría del servicio ofrecido, pero el plato del día solía ser extraordinario y mi mesa siempre estaba vacía. Mientras esparcía el parmesano sobre las patatas y devoraba mi comida, me divertía recordando qué platos se ocultaban bajo los diferentes números del menú. Después de terminar la comida y enjuagarme con los dos habituales vasos de agua, había acertado veintitrés de veinticuatro.

AGATHE V

Llegó al fin jadeando, con las mejillas al rojo vivo, y yo me erguí en la silla. Tampoco había motivos para parecer más viejo de lo que era.

«Buenos días, Agathe, pase.»

«Buenos días, doctor», respondió sin aliento, «¡lamento el retraso!»

Colgó un abrigo beige, que no le había visto antes, en la percha y preguntó: «Dígame, ¿qué ha pasado con su secretaria?»

«Por desgracia mi secretaria no va a poder venir durante algún tiempo.»

«Vaya. De modo que está solo, usted también.»

Ella sonrió cómplice, y yo mordí el anzuelo: «¿Luego está usted sola, Agathe?»

Se encogió de hombros, se sentó muy adentro del diván para tenderse mediante cuidadosos movimientos, como si se adaptase a una plantilla que solo ella pudiese ver.

«Lo estoy en cualquier caso. Hay algo solitario en el hecho de no vivir. Como si vieras que otros juegan mientras tú tienes la pierna rota.»

Dicha sensación la conocía más que de sobra, pero afortunadamente yo me hallaba sentado en la silla mientras ella yacía en el diván.

«Agathe, a menudo habla como si la vida se hubiese acabado y usted fuera la culpable de haberla echado a perder. Sin embargo, cada instante le brinda la oportunidad de hacer algo de lo que pueda sentirse orgullosa.»

Era difícil no encontrar repulsiva mi propia impostura. ¿De qué elección podía sentirme orgulloso? ¿Qué grandes planes tenía en relación con mi futura vida de jubilado?

Agathe negó con la cabeza.

«Ya es muy tarde para que me admitan en una buena escuela, y en el caso de que supiera lo que quiero tampoco podría permitírmelo. Si por ejemplo quisiera tomarme en serio el piano o el canto debería haberlo hecho antes. Ahora soy demasiado mayor, doctor.»

Me figuraba que casi podía percibir la desesperanza en forma de densa neblina entre nosotros y me eché hacia delante en la silla para retener a Agathe: «No es posible que para todo sea demasiado tarde, Agathe. Creo que la vida consiste en una larga serie de elecciones que estamos obligados a tomar. Y solo si nos negamos a asumir dicha responsabilidad entonces nos dará todo igual.»

Había pronunciado alguna variante de dichas frases, cientos, quizá

incluso miles de veces, pero como no había llenado aquellas palabras con una experiencia positiva, real, continuaban siendo pura abstracción. En todo caso tenía la esperanza de que a Agathe le sirvieran de algo. Allí yacía con las cicatrices de sus muñecas, transparente y frágil como el cristal, y si bien yo me sentía un hipócrita, la intención era desde luego buena. Porque yo deseaba ayudarla de veras, y a su manera eso complicaba las cosas.

«Entiendo perfectamente lo que dice, doctor. ¿Cree que no he intentado repetírmelo a mí misma?»

«A veces ayuda oírlo en boca de otro», probé a decir.

«Es posible. Y pienso además que lo intento, pero la vida me rehúye continuamente. Está justo ahí; tan cerca que puedo olerla.» Miraba soñadora delante de ella. «Pero sencillamente no encuentro la manera de entrar.»

Después de que se hubo marchado, con pasos apenas audibles y su paraguas de rayas colgando flojo de la mano, empecé a especular acerca de qué significaría para ella vivir. Visto desde fuera eso era precisamente lo que hacía. Su corazón latía, tenía una formación y había fundado un hogar, luego si Agathe no vivía, ¿quién lo haría entonces?

Apagué la lámpara de la mesa y atravesé la consulta con el zumbido de lo efímero en los oídos. Costaba creer que pronto cerraría por última vez, e intenté imaginarme al médico que se establecería en la clínica después de mí. Un joven vital, lleno de empuje y soluciones rápidas, probablemente. ¿Sería él quien se ocuparía de continuar el tratamiento de Agathe?; ¿él quien terminaría por curarla? Quizá fuese un pensamiento egoísta, pero en ese caso prefería que ella no sanara.

Empleé largo rato en colocar los historiales en su sitio, porque eso me calmaba, y a continuación me senté en la silla que había abandonado Madame Surrugue detrás de la máquina de escribir. Fuera la luz se extinguía.

EL ESPEJO

A pesar de los esfuerzos que hacía por ignorarlo, resultaba difícil negar la evidencia: mi angustia crecía. Cada vez más a menudo me despertaba con palpitaciones y la sensación de que la muerte me pisaba los talones, lo cual influía por descontado en mi trabajo. Empecé a dudar de mí mismo, y las interpretaciones que yo había aventurado una y otra vez se me pegaban al paladar, así que tenía que escupirlas en momentos tan poco oportunos que me pareció un milagro que nadie protestase. Pero los pacientes eran educados y estaban demasiado preocupados por ellos mismos, y toda esa mascarada se me volvió insufrible cuando el último de aquella semana cerró por fin la puerta tras de sí. Ni siquiera las cifras de la jornada lograron consolarme. Si al menos alguno se hubiese puesto firme preguntándome a qué demonios estábamos jugando, pensé mientras cerraba la puerta del armario archivador con tal violencia que las llaves cayeron al suelo. Afortunadamente Madame Surrugue no se hallaba presente para ver cómo trataba yo sus queridos muebles.

Inspiré, retuve el aire y lo expulsé de nuevo pesadamente.

Las manos me temblaban un poco, las voces de los pacientes zumbaban en mi cabeza y se agrupaban alrededor de las sienes en una colectiva cacofonía quejumbrosa. ¿Sería posible que en realidad todas las personas lo pasaran tan mal o simplemente yo veía solo a los infelices? ¿Habría alguien en esos pequeños hogares de ahí fuera que se fuera satisfecho a la cama y supiese por qué razón se levantaba al día siguiente?

Me di cuenta de que me había olvidado de comer. No sabía en qué se me había ido el tiempo y por un breve instante tuve mala conciencia por haber dejado a mi anfitrión picado de viruelas esperando en vano. Entonces aparecieron las náuseas y urgí a mis piernas para que me llevaran hasta el pequeño aseo donde tomé algunos sorbos de agua fría directamente del grifo. El sudor me cubría la espalda a modo de membrana adicional, el corazón me latía a doble velocidad.

Cerré el grifo y me erguí. La consabida succión de levedad recorrió mi cuerpo y me agarré con fuerza al lavabo para no perder el equilibrio.

Cuando miré el espejo buscando mi rostro, estaba vacío. ¡No había nadie! Y aunque sabía perfectamente que no teníamos ningún espejo allí, antes de que cayera en la cuenta pasó el tiempo suficiente para

que el pensamiento se dejase oír: ¡*Esa es la realidad exactamente*!

Me quedé allí de pie, apoyado en el frío lavabo de porcelana hasta que estuve seguro de que iba a poder marcharme sin caer. Entonces tiré de la cadena, abrí la puerta y abandoné el aseo echando una última mirada por encima del hombro a la blanca pared vacía.

CHAIKOVSKI

Tras la experiencia en el aseo lo único que quería era ir a casa, de modo que dejé el resto de los historiales donde estaban y agarré sombrero y abrigo sin ponerme ninguno de los dos. En los días buenos, cuando mis rodillas no me dolían demasiado, hacía el trayecto subiendo por las sinuosas calles en nueve minutos y medio, pero en aquella ocasión todavía tardé menos porque iba casi a la carrera. Por el camino traté de convencerme de que yo era alguien. Quizá parezca un proyecto, pero un hombre puede llegar a dudar acerca de quién es. Ya no me quedaban familia ni amigos –seguramente la norma es tener contacto con gente si han de contar– y aparte de un interés sin cultivar por la música clásica, mis únicas aficiones eran beber un buen té y hacer mi trabajo como es debido. E incluso a este respecto las cosas parecían ir cuesta abajo.

En una gran casa bien conservada y muros tapizados de correhuela se veía a una mujer enorme sentada en el salón con el rostro de cera iluminado por la televisión. ¿De veras tenía que emplear el resto de mis días viendo un chisme semejante con las imágenes de gente que yo no conocía, haciendo arriates en el jardín, además de comer y dormir, mientras mi cuerpo se desmoronaba entre mis dedos?

Para empeorar la situación me vino a la mente un artículo que había leído hacía poco. Trataba del sorprendente número de hombres que morían justo al jubilarse, cuando comenzaban a disfrutar de todo ese tiempo que por fin tenían. Al menos así se acabaría el problema de encontrar a qué dedicarme, pensé sombrío mientras cerraba la puerta del jardín. Nada más entrar fui a abrir la nevera, pero fue una experiencia deprimente. Había un cartón con dos huevos, un tarro de mermelada, un poco de mantequilla y queso duro. Decidí que era uno de esos días en los que no me apetecía cocer huevos, así que preparé té y unté unas rebanadas de pan que me tomé en la mesa de la cocina oyendo el grave tictac del reloj. El pan estaba correoso, pero si comiera por deleite, el menú habría sido muy diferente.

Más tarde me senté en mi cómodo sillón con la mantita sobre las rodillas, dejando deslizarse las horas mientras escuchaba música y de forma refleja trasladaba la aguja del gramófono de nuevo al comienzo. Mi mano se movía totalmente por cuenta propia, de modo que llevar la aguja atrás se convirtió en parte de la obra, hacer retroceder el tiempo, que con el mismo movimiento lo empujaba hacia delante.

Después tuve que ir a orinar, y mientras me encontraba en dicha

situación se me ocurrió pensar que ya no me masturbaba nunca. ¿Cuándo había sido la última vez? Miré hacia abajo y le di al desatendido miembro un apretón como consuelo antes de subirme la cremallera y retirarme. A continuación me puse mi gastado pijama azul y me acosté.

AGATHE VI

Un sábado por la tarde me dirigía a casa por la rue du Pavillon con mi compra de la semana. En la esquina donde la calle se cruzaba con el boulevard des Reines, pasé como de costumbre junto al pequeño café y cuando miré dentro la vi: Agathe.

Pero era una Agathe distinta de la que yo conocía. Llevaba puesta una blusa roja que hacía resplandecer su piel blanca, y aunque estaba sentada, todo su cuerpo se movía. Las manos formaban enormes círculos en el aire y los ojos brillaban oscuros bajo el flequillo mientras le contaba algo a las otras tres mujeres de la mesa. Especialmente hermosa se veía su boca cuando inclinaba la cabeza hacia atrás a causa de una risa casi incontrolable.

Sin mediar reflexión alguna me coloqué detrás de un árbol de un pequeño jardín situado en sentido oblicuo al café, desde donde podía ver la mancha roja que era Agathe. Intenté imaginarme qué aspecto tendría ella si fuéramos nosotros los que nos hallásemos allí dentro sentados uno frente al otro. Algo más serio que aquello que acababa de presenciar, pero con aquella misma boca blanda condescendiente, pensé, mientras en mi mente veía que ella se apartaba el pelo de la cara y se inclinaba hacia mí para depositar una mano sobre mi antebrazo.

Allí permanecí como cualquier indecente voyeur hasta que Agathe salió del café y se despidió de sus amigas. Realmente las piernas me dolían mucho por haber estado de pie tanto tiempo, sin embargo apenas si lo noté, y cuando ella comenzó a caminar hacia su casa a través de la ciudad, la seguí. Yo caminaba, claro está, con mis bolsas de la compra, embriagado por una creciente sensación de deseo y a la vez apesadumbrado por una muy conocida vergüenza. Por fin la vi entrar en una casa encalada de dos pisos en la rue de l'Ancienne. Se encendió una luz en el salón. Me resultaba extrañamente íntimo saber que ella dormía en aquel edificio, que allí se bañaba y vestía, y caminaba justo por esa acera cada vez que acudía a una sesión conmigo.

Me quedé un rato haciendo como si buscase algo en una de las bolsas. Alcé levemente un paquete de jamón cortado fino, moví el cartón de huevos. Sentía las pulsaciones golpear mis mejillas ardientes y tuve que esforzarme por inspirar el aire con calma. Entonces me armé de valor y pasé veloz por delante de su casa al tiempo que giraba la cabeza lo justo para mirar dentro. No sé lo que había esperado

encontrar, pero ella estaba sentada de perfil en el borde de una silla con la vista clavada en el vacío, puede que se hallara a cuatro metros de mí. Su rostro parecía una máscara inerte, y solo cuando amusgué los ojos vi las lágrimas caer como gotas de tinta sobre la tela roja de la blusa.

Después de cerrar la puerta de mi casa, la excitación permanecía aún en mí igual que la réplica avivada de un terremoto. Sentía como si hubiese revelado un secreto que anhelase compartir con alguien; como si hubiese recibido un regalo maravilloso pero prohibido. Mi cuerpo palpitaba mientras me representaba una y otra vez la boca abierta de Agathe, la blusa pegada a su delgado torso. Por un instante cedí al goce.

Entonces volví a abrir los ojos. Aquello no podía ser. ¡Agathe era mi paciente, yo su médico, y mi trabajo consistía en ayudarla! Con determinación tomé el abrigo y me apresuré a salir de nuevo al crepúsculo.

El aire del lago surtió el efecto de un necesario jarro de agua fría, así que una vez que hube dado una vuelta entera, la excitación desapareció. Cayó el cansancio sobre mí y cojeé hasta casa durante el último tramo con la imagen de Agathe llorando impresa en la retina.

EL SORDO, EL MUDO Y EL CIEGO

Estaba atardeciendo y los doscientos setenta y cinco pacientes habían menguado a doscientos sesenta y seis, cuando finalmente salía de la clínica unos días después. El sol ya bajaba sobre los tejados y el único sonido aparte de los golpes acompasados del bastón contra el suelo era el canto de los pájaros. De cuando en cuando mi mirada reparaba al pasar en algún apellido de los buzones, no obstante raramente reconocía a alguien. Si pensaba en la cantidad de vecinos de la ciudad con los que yo había tenido conversaciones a lo largo de los años, resultaba realmente asombroso el escaso número de ellos que me encontraba fuera de la consulta. Algunas veces me asaltaba la idea de haberlos inventado a todos; incluso Madame Surrugue en cierto modo había salido de la clínica por vez primera y entrado en la realidad en el momento en que comunicó que había pedido la baja.

La última subida era siempre la más dura y me alegré cuando vi que me aproximaba al número nueve. La mano había sacado por su cuenta las llaves del bolsillo del abrigo y en ese instante intuí un movimiento con el rabillo del ojo. Se trataba de mi vecino, y me invadieron unas ganas diabólicas de hacerle salir a él también de las sombras. Por eso, en un intento de convertirlo en una persona de carne y hueso, levanté mi sombrero y grité: «¡Buenas tardes, vecino!»

Él se hallaba de perfil y no reaccionó a mi saludo. Simplemente abrió el buzón, sacó una carta y lo volvió a cerrar. Solo cuando se disponía a entrar otra vez en su jardín alzó la vista y me vio. Inclinó cortésmente la cabeza, y volví a intentarlo: «Buenas tardes, vecino.»

Sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza de nuevo y movido por un repentino impulso di un paso hacia él y le dije: «Tiene gracia en verdad que dos personas vivan tan pegadas como nosotros, sus vidas únicamente separadas por una pared, y que no sepan nada la una de la otra, ¿no le parece?»

El hombre se encogió de hombros a modo de disculpa, luego señaló en primer lugar sus oídos, después su boca y negó con la cabeza. Algo se precipitó en mi interior. Sentí un vacío en el estómago, noté que mis piernas flaqueaban. El hombre era sordo. No sospechaba que yo existía.

Mediante un abrupto movimiento giré en redondo, me apresuré a subir por el sendero del jardín y entré en casa, cerrando la puerta de un golpazo. Sentía presión en los ojos y me desplomé sobre una silla de la cocina. Solo mucho más tarde me di cuenta de que aún llevaba el

bastón en la mano y el gabán puesto.

VISITA

La fuerza de la gravedad tiraba de las comisuras de mis labios hacia el suelo mientras yo reunía los historiales en una pila de dibujos y fortuitas palabras garabateadas e iba cojeando a la sala de espera. Imaginé que mi piel se estiraba progresivamente hasta que las mejillas llegaban a la alfombra con dos cansinos chasquidos, y no la vi hasta encontrarme ya junto a la enorme mesa. Parecía una vaga copia de la mujer que una vez reinó desde aquella misma silla en la que ahora se sentaba bajo la ventana. Me detuve frente a ella, todavía con los brazos llenos de historiales, sin saber lo que debía hacer.

Por fin llevé una mano hacia su hombro y carraspeé.

«¿Qué hace usted aquí?»

Mi voz sonó demasiado ruda y en un tono muy elevado, pero ella no parecía tomarme en consideración, era como si hablara consigo misma cuando dijo sin mirarme: «Ya lleva treinta y tres días en casa y está tan mal. Se muere delante de mis propios ojos.»

Así que no era el único que hacía cuentas.

«¿Está enfermo Monsieur Surrugue?», pregunté con cautela.

Entonces alzó por fin la mirada con una expresión en su rostro que nunca había visto y exclamó: «¡No aguanto más esta situación! Y lo peor es que ni siquiera podemos hablar sobre ello.» Su voz se estremeció: «Thomas está aterrorizado, lo veo, pero no dice nada. ¡Siempre hemos podido hablar acerca de todo!»

«Lo lamento mucho, Madame», dije, y detesté haberme quedado tan corto. «Por favor, dígame si puedo hacer algo por usted.»

Aquellas palabras hueras supusieron por lo visto todo el estímulo que ella necesitaba.

«¿No le importaría hablar con él?», me rogó encarecidamente.

Sacudí confuso la cabeza.

«Pero, Madame, ¿de qué iba a servir?»

«Creo que le sentaría bien hablar con alguien, pero no somos religiosos, y a él no le gusta su médico.»

«Ya, pero...»

Ella me interrumpió: «No duermo por las noches porque temo que él se haya ido cuando me despierte. No soportaría que muriese así. He puesto mi colchón en su habitación y me paso allí toda la noche escuchando su respiración.»

«Si lo entiendo, Madame», intenté de nuevo, aunque lo que realmente quería decir era que yo no tenía la menor idea de cómo

hablar con otra persona fuera de las cuatro paredes de mi despacho. Hacía ya tanto tiempo que no mantenía una conversación normal con alguien que me dolía solo de pensarlo. En definitiva, yo no iba a poder serle de ayuda y me resultó cómico que ella acudiese a mí en semejantes circunstancias. De todos modos estaba claro lo que se esperaba de mí.

«Por supuesto que hablaré con Thomas», dije. «Me acercaré uno de estos días.»

«¡Oh, muchísimas gracias, Monsieur!» Los músculos tensos de su rostro se relajaron y por un instante tomó mi mano entre las suyas.

Una vez que Madame Surrugue se hubo marchado de nuevo, me vi abrumado por un violento malestar. Permanecí largo rato en el aseo con la frente contra la fría pared mientras dejaba que el agua cayese sobre mis manos. Inspiraba el aire lentamente, concentrado en mantener alejado cualquier pensamiento y persuadir a mi cuerpo de que se calmara.

Lo único que habría querido en ese momento era volver la espalda a todo aquello, regresar reptando a mi acostumbrado carril, olvidarme por completo del hombre moribundo y limitarme a contar: doscientos treinta y uno, doscientos treinta, doscientos veintinueve. Pero hasta yo me daba cuenta de que no podía ser. Una persona por la que, a mi desvirtuada manera, sentía estima me había pedido ayuda. Y si ni siquiera iba a intentarlo, ¿para qué valía yo?

EXTRAVIADO

Aquella noche permanecí mucho tiempo despierto en el dormitorio, donde solo se percibían los contornos angulosos del armario y las sombras más claras de la ventana. Primero pensé en Madame Surrugue, escuchando temerosa la respiración de su marido, y en lo que ella creía que yo podría hacer por él. Después, mientras los graznidos de los pájaros procedentes del jardín cobraban fuerza, me paré a reflexionar acerca de si yo mismo lucharía el día que la muerte viniese a por mí.

Cuando sonó el despertador me vi reducido al cumplimiento de una torpe serie de rutinas. Me levanté, calenté agua para el té y saqué la leche de la nevera, tal y como solía hacerlo, sin embargo no había forma de que desapareciese el malestar. Aun así logré comer un poco de pan y tomar a continuación un inusual largo baño antes de coger una camisa limpia del montón que tenía de idéntico modelo de Le Tailleur. Entonces me dirigí exhausto a mi consulta cada vez más desaliñada.

Resultó difícil afrontar las conversaciones. El relato de Madame Brié acerca de la indiferencia nada disimulada de su madre estuvo a punto de provocar que se me saltasen las lágrimas, y sorbí y tosí en tantas ocasiones que al fin ella me preguntó si no me habría resfriado. Desasosiego y algo similar a la pena se agolpó en mi pecho y empecé a dudar de si iba a poder aguantar un día entero de sufrimiento humano comprimido. Antes de marcharse Madame Brié me estrechó la mano y dijo: «Uno puede acabar siendo una criatura insignificante si nadie lo quiere. A veces me pregunto si a una criatura así se le podrá llamar persona.»

Mi siguiente paciente, Sylvie, de dieciocho años, no apareció. Raramente ocurría que un paciente faltase sin más, pero en sentido estricto tampoco sabía si ella había intentado avisar dado que yo no tenía secretaria para tomar nota. Debería haber respirado aliviado después de superar el primer par de horas, pero en lugar de ello casi me entró el pánico, ya que aquella anulación me obligaba a volver conmigo mismo, mientras lo que yo deseaba era huir. Una multitud de pensamientos confusos pugnaban por un lugar en mi cabeza. ¿Qué diría Madame Surrugue después de que yo intentase hablar con su marido y fuese un manifiesto fracaso? ¿Cómo va alguien a ayudar a una persona extraña a un buen morir cuando ni siquiera es capaz de encontrar la manera de vivir su propia vida?

Con el fin de interrumpir dichos pensamientos me levanté para dirigirme a la antesala con paso firme. Una vez allí caminé sin reposo de un lado a otro, enderecé un par de revistas, miré por una de las ventanas al cuadrado de césped, fui hasta la puerta principal y observé la calle por si mi paciente venía de camino. Pero no se veía a Sylvie por ninguna parte, y tampoco lograba sosegarme, mientras por momentos sentía que empeoraba. La piel se tensaba en torno a mí como una red. Abrí y cerré la boca, roté los hombros y enderecé la espalda, pero simplemente no había bastante sitio en mi cuerpo. Fuera de mí, agarré el bastón y salí violentamente bajo el radiante sol. No sabía adónde me dirigía, solo que no podía permanecer en el mismo lugar, de modo que giré a la izquierda y enfilé deprisa la calle. No veía nada, lo único que hacía era esforzarme por seguir y seguir al tiempo que tomaba el aire a bocanadas. Imágenes confusas iban y venían: la suave piel de Agathe sobre la tela verde del diván, yo solo en casa junto a la ventana, Madame Surrugue y su Thomas abrazados. A veces pasaba junto a personas en la acera que tenían que apartarse para no chocar conmigo, aunque apenas reparaba en ellas. Me hallaba tan preocupado por mantenerme en pie que cuando al final me derrumbé en la calle ya no supe dónde me encontraba.

Poco a poco recuperé el aliento y descubrí que debía de haber perdido el bastón. Miré aturdido a mi alrededor. Estaba sentado en el borde de una baldosa elevada que protegía un jardín bien cuidado de la calle y, después de esperar unos minutos para recuperarme, me levanté con cuidado apoyándome en las frías piedras. El cuerpo funcionaba todavía, si bien las piernas me temblaban y me había quedado sin fuerzas. Mientras caminaba despacio tambaleándome a lo largo de la calle la vista comenzó de nuevo a ampliarse y a incluir el mundo. Pero qué imbécil eres, me regañé; ¿por qué te lanzas a la calle de este modo? Por otro lado sabía muy bien que al día siguiente podía ocurrir lo mismo exactamente, sin que yo fuera capaz de hacer nada por impedirlo.

En el extremo de la vía por la que transitaba encontré mi bastón y poco después reconocí por fin una calle. Desde ahí logré hallar cojeando el camino de regreso a la clínica. Aún más ausente que de costumbre y con el estómago rugiendo, concluí las tres últimas conversaciones de la jornada. Sentado en la silla me sentía un carcamal mortalmente extenuado mientras la camisa se atiesaba sobre mi cuerpo como si fuera papel maché. Mis únicas palabras fueron buenos días y adiós.

Después de que la acobardada Madame Mauresmo hubiese, como de costumbre, abierto y cerrado la puerta tras de sí tres veces, indicando de ese modo que la jornada había terminado, respiré a fondo por vez primera en horas. Las náuseas estaban esperándome, igual que oleadas

agrias, de manera que con gran enojo fui tambaleándome hasta el aseo para vomitar.

AGATHE VII

«Creo que estaba enfadada. No, sé que lo estaba; solo que en ese momento ni siquiera me permitía a mí misma pensarlo. Pero dejé de cantar, apenas tocaba ya el piano, y empecé a hacerme cortes en los antebrazos.»

Desde mi sitio detrás de ella podía vislumbrar la blanda curva de sus mejillas, ver cómo se tensaba la fina red de arrugas en torno a sus ojos.

«No sé por qué lo expreso de este modo. ¿Qué opina usted, doctor, es posible sustituir tocar el piano por pequeños cortes en el brazo con un cuchillo de mondar?»

La risa se escondía en su voz.

«Bueno..., por qué no», respondí. «No tiene más que pensar en todo ese arte que ha surgido del sufrimiento y la sublimación.»

Llevaba un vestido verde botella y una especie de blusa gris por encima. Zapatos oscuros de tacón bajo que sobresalían justo por el borde del diván. Allí los pies se balanceaban, primero el uno, luego el otro.

«Sea como fuere el caso es que así empezó. Desde entonces me he hecho cortes, arrancado el pelo, golpeado adrede con diversas cosas y estampado la cabeza contra la pared hasta sangrar. ¡Y le puedo asegurar que surte mayor efecto que el éter y las píldoras para dormir!»

«Puede que sea cierto, pero su efectividad consiste en anegar el dolor, no en eliminarlo. No quiera hacerme creer que de veras resuelve sus problemas dándose cabezazos contra la pared, Agathe, simplemente se está castigando por algo que no ha hecho.»

Me fastidió haber sonado tan rancio, y cuando su sonrisa se extendió estuve seguro de que era yo el objeto de su diversión.

«No, doctor», dijo, «tiene usted razón. ¿Entonces propone que deje de hacerlo? Qué original.»

«Dígame, ¿se toma a broma todo esto?», solté.

«Le puedo jurar que no», respondió cortante. «¡Es como si hubiera sido enterrada viva en mi propia existencia! Habría dicho que era usted capaz de reconocer el humor irónico de un condenado a muerte cuando se topa con él.»

Me incliné hacia ella: «Pero ¿qué falta tan grave ha cometido usted, Agathe? ¿Por qué está así de enojada consigo misma?»

Chasqueó la lengua. «¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho, doctor?»

«Creo que sí. No obstante, sea comprensiva conmigo y explíquemelo de manera que lo entienda.»

Con una sonora espiración sopló su flequillo que se irguió en el aire. La voz recuperó su tono normal al responder: «Estoy enojada porque no he llegado a realizar ninguna cosa. Debería haber sido algo y no soy nada.» Por vez primera en nuestras charlas la humedad de sus ojos se reunió en una lágrima que resbaló por la sien hasta alcanzar el cuello blanco. Tuve que concentrarme poderosamente para seguir en la conversación en lugar de que mi mente entremezclase todas las imágenes de Agathe.

«Perdone si suena muy trivial, seguro que ya lo ha oído antes. Pero verdaderamente creí que yo era alguien especial», dijo.

«Y en parte todavía lo cree», respondí, «en caso contrario no estaría así de enojada. Pero ¿al mismo tiempo?»

«¿Qué quiere decir?» La oí sorber y se secó aprisa la lágrima con el dorso de su mano.

«Digo que usted se siente absolutamente única y a un tiempo insignificante por completo.»

Asintió despacio con la cabeza: «En eso sí que lleva razón. Si durante un momento pienso que ni siquiera merezco vivir, al siguiente creo que no hay nadie por encima de mí. Estúpido, ¿no?»

EL LUGAR DE LA MUERTE

Llegó el momento en que ya no podía postergarlo más. El malestar de los días precedentes se apaciguó dando paso a una sensación de irrealidad cuando me encaminaba a la casa. ¿En qué me había metido?

Pasó un rato antes de que Madame Surrugue acudiese.

«Buenas tardes, Monsieur. Ha sido muy amable de su parte venir a visitarnos, pase», dijo abriendo del todo la puerta al tiempo que se apartaba. Su rostro parecía haberse hecho añicos y vuelto a recomponer solo en la medida de lo imprescindible, ante aquella visión me dieron ganas de dar media vuelta y apresurarme a desandar el sendero del jardín para subirme al autobús que apestaba a sudor en el que había venido. En lugar de ello crucé el umbral de la puerta y estuve a punto de tropezar con algo que semejaba un telar. Logré retener una exclamación de estupor. ¡Había cosas por todos los lados!

«Aquí, permítame.»

Madame Surrugue colocó el bastón en un jarrón que contenía al menos diez paraguas de diversos colores y colgó el abrigo sobre un rimero de periódicos, mientras yo, desconcertado, intentaba encontrar un lugar donde poner mi sombrero. Jamás había visto tal cantidad de zapatos, tarros, cañas de pescar ni tampoco regaderas reunidas en una casa.

«Por aquí», dijo Madame Surrugue, guiándome a través de un estrecho pasillo.

«Creo que está despierto, pero si no puede despertarlo.» Se detuvo frente a la que debía de ser la habitación del enfermo.

Asentí.

«Estaré por aquí si necesita algo», dijo Madame Surrugue, y continuó a lo largo del pasillo.

«Espere», le grité. «¿Qué es lo que le pasa?»

Se giró, me miró directamente a los ojos y respondió: «Tiene cáncer.»

Después desapareció en la cocina dejándome delante de la puerta que albergaba tras de sí al enfermo.

Llamé con cuidado y entré. Él yacía en una cama doble situada en medio del cuarto, solo el rostro asomaba al borde del edredón. Un profundo surco aparecía cincelado entre sus cejas asilvestradas, sin embargo, al acercarme, su expresión atormentada dio paso a una sonrisa amistosa.

«Buenas tardes, doctor, entre, no se quede ahí.»

Había una butaca en la esquina opuesta que trabajosamente trasladé hasta su cabecera. El asiento era bajo y finalmente solo tenía que dejarme caer sin más. Un día, pensé, me quedaré allí donde me haya dado por sentarme sin poder volver a levantarme ya nunca. Quizá en mi sillón de casa frente a la ventana, o en un banco junto al lago mientras los cisnes se echaban a dormir a mi alrededor.

«¿Cómo se encuentra hoy, Monsieur Surrugue?», le pregunté.

«Algo mejor, gracias», respondió, «pero ha sido usted muy amable al venir. Creo que mi querida esposa está a punto de perder la paciencia conmigo.»

La cabeza hundida en la blanca almohada, el tufo a enfermedad que acechaba inmediatamente bajo el aroma a sábanas limpias. Me quedé callado, porque no sabía qué decir.

Carraspeó y continuó: «Por favor, llámeme Thomas, doctor. Me voy a permitir hablarle abiertamente, sin rodeos, a pesar de que no nos conozcamos demasiado. Soy una carga para mi mujer y no quiero endosarle mi temor también a ella. Aunque lo cierto es que estoy muerto de miedo.»

Hablaba de forma entrecortada, tomaba una bocanada de aire para emitir una frase, aspiraba de nuevo y emitía otra.

«Estoy convencido de que usted no es ninguna carga», probé a decir. Pero Thomas no contestó y el silencio se me antojó casi insoportable. Lo sabía, pensé; ¡soy pésimo para este tipo de cosas!

Entonces se oyó desde la almohada: «¿Conoce usted la muerte?»

Fruncí el ceño.

«¿Acaso no la conocemos todos?», me arriesgué a decir, si bien yo mismo percibí que sonaba a hueco.

«Y por supuesto he hablado con muchos pacientes a lo largo de los años que se hallaban gravemente enfermos o cercanos a alguien que se había ido», volví a aventurarme, pero resultó casi peor. Al final sacudí la cabeza. «No», dije. «No conozco la muerte.»

Thomas sonrió y asintió un par de veces.

«No, fíjese, no se la conoce hasta que está ahí. No verdaderamente.»

Las mandíbulas se movían debajo de los cañones de la barba y la piel grisácea como si él mascase algo. Por un instante me puse a pensar cuánto podría tardar en parecerme a él. Mi pelo conservaba todavía salpicaduras oscuras en el gris, pero no sería así por mucho tiempo si la enfermedad me atacaba en serio. Diez kilos, entre músculo y grasa, se pierden rápidamente.

«Por las noches aquí tumbado escucho la respiración de mi esposa y pienso cómo voy a ser capaz de abandonarla.»

A su derecha en el suelo había un colchón preparado con almohada y edredón. A la izquierda, donde yo me sentaba en ese momento, había una mesilla de noche con una lámpara, un vaso de agua, una

palangana y una lata de caramelos de menta. Así que esos eran los remedios contra la muerte.

«En realidad no estoy seguro de cómo puedo ayudarle, Thomas», dije. «Nunca he amado a nadie.»

Aquellas palabras me pillaron desprevenido, sin embargo Thomas respondió sencillamente: «No, no todos tenemos esa fortuna. Puede que así le resulte más fácil morir.»

«Es posible», concedí, «pero me resulta más difícil vivir.»

Su risa era como piedra que cayera sobre piedra.

«En eso debe de tener razón», logró decir mientras la risa se volvía tos, «una vida sin amor no parece demasiado atractiva.»

Le devolví una sonrisa y nos quedamos un momento en silencio, antes de preguntarle: «¿Ha dicho usted que estaba asustado?»

«¡Completamente aterrado!» Volvió a sonreír con los ojos esta vez. «Me siento mucho mejor después de haberlo soltado.»

«Créame que yo también tengo miedo», reconocí. «Solo que no he logrado hallar realmente el motivo.»

«Pienso que lo peor es no volver a ver la cara de mi mujer. Ir a un lugar donde ella no esté.»

Por alguna razón entendí con exactitud lo que quería decir.

«A lo mejor no es en absoluto a ella a lo que tiene que renunciar», sugerí yo. «A lo mejor es simplemente a todo lo demás.»

No estaba seguro de que tuviera sentido, pero Thomas alargó su brazo para tomar mi mano, del mismo modo que su esposa lo hiciera unos días antes.

«Es cierto», noté cómo la mano que me agarraba se tensaba ejerciendo una débil presión. «A ella no podría renunciar nunca. Pero al resto quizá sí.»

Aflojó la mano para curvarse en un nuevo ataque de tos seca, y le acerqué el agua, de la que bebió algunos sorbos.

«Espero que encuentre aquello de lo que tiene miedo», dijo con voz ronca, y se recostó en los almohadones. «Cualquier otra cosa sería un espantoso despilfarro.»

Bajé la mirada hacia él y me encogí de hombros; ¿acaso no había sido un despilfarro hasta ahora prácticamente todo? Aun así pregunté: «¿Y de qué forma encuentra uno aquello de lo que tiene miedo?»

«Mi experiencia es», respondió Thomas mientras sus ojos se cerraban, «que hay que empezar por lo que más se anhela.»

AGATHE VIII

«La gente decía que me parecía a mi padre y a él le encantaba oírlo. Creo que se sentía orgulloso de haber logrado un vástago a pesar de su deficiencia, de modo que yo representaba una especie de trofeo. ¡Toca, Agathe, toca!»

Teñía sus palabras de desprecio.

«¿Tenía usted talento?», pregunté. Seguro que lo tenía.

Agathe asintió con la cabeza.

«Ellos nunca me dijeron que era buena, solo oía cómo se lo decían a otras personas cuando pensaban que yo no estaba escuchando. Pero sí, la verdad es que era francamente buena.»

«¿Y eso no la hacía feliz?» Miré sus delgados dedos, me los imaginé persiguiéndose por las teclas a toda prisa como si quisiera obligarse a fallar. De repente recordé el día en que yo mismo comprendí que tocaba el violín solo a causa de mi padre. Que me ejercitaba exclusivamente para no decepcionarlo, y que lo único que sentía cuando una pieza me salía bien era alivio.

Agathe negó con la cabeza.

«No, lo odiaba. Odiaba el piano y odiaba oírles hablar de mí. Solo pretendían mostrar a los demás lo buenos padres que eran. No tenía nada que ver conmigo.»

Ya había pasado la hora, pero no tenía el coraje de interrumpirla, y en el fondo prefería seguir allí con Agathe y dejar que el próximo paciente esperase. Contemplar su piel blanca e imaginarme cómo la sentiría con la palma de mi mano; plantear una pregunta y saber que yo podría curarla si empleara las palabras adecuadas.

De todas formas debió de percibir algún cambio porque, aunque no hice movimiento alguno ni dije nada, se sentó con decisión. Su pelo estaba alborotado y húmedo como el de un niño que acabara de despertarse de un profundo sueño.

«Parece que esto es todo por hoy, doctor. Nos vemos el martes.»

Me dirigió una sonrisa que semejaba más bien una mueca ensayada y yo asentí.

«Que así sea Agathe. Gracias por haber venido.»

Su mano permaneció un instante en la mía, después abrió la puerta para salir del despacho. Me senté en el diván, tibio por el calor de su cuerpo, y me deleité aspirando el olor mediante una profunda inspiración. A continuación llamé a Madame Carmeille e intenté convencerme a mí mismo de que ella era exactamente igual de

importante.

NIEVE

Un día me desperté y vi una fina capa blanca de nieve cubriendo la ciudad. Siempre he adorado el invierno con sus sonidos amortiguados y prefería de lejos la nieve al sol. En esta ocasión llegaba de forma inesperada, justo cuando la primavera desembocaba prácticamente en el verano, y eso me hizo apreciarla todavía más.

La nieve reveló un mundo secreto de huellas, como patas de perro, botas y diminutos pies infantiles que se desviaban en dirección a la escuela o pasaban junto a la consulta y seguían hacia el centro de la ciudad.

En el despacho, donde polvo y moscas muertas se acumulaban en el alféizar de las ventanas, concluí las primeras conversaciones de la jornada. En mi fuero interno maldije todas las cosas que afectaban a mis pacientes y contra las que yo no podía hacer nada. Había que combatir tanto cónyuges desapegados como botellas de vino ocultas detrás de las estanterías, pero ¿qué se podía esperar realmente de la terapia cuando yo solo contaba con un par de horas a la semana para reconstruir lo que los pacientes destruían durante una vida?

Entonces apareció Madame Almeida. Comenzó a hablar en el mismo instante en que su cabeza tocaba la almohada y me pregunté si se enteraría en el caso de que yo muriese silenciosamente de aburrimiento en la silla tras ella. ¡Y pensar que Madame Surrugue estaba a punto de perder a su marido y esta terrible mujer se preocupaba porque le habían estafado diez céntimos al comprar unos guantes!

Dicho pensamiento lanzó un acre reproche a mi garganta que llegó hasta la paciente: «Madame, esto no puede continuar», la interrumpí. De vez en cuando un hombre se sorprende a sí mismo, y aquella fue una de esas ocasiones.

«Cada vez que viene se pasa todo el tiempo hablándome de la ineptitud de los demás, ¡y oírlo me saca de mis casillas! Durante casi tres años se ha quejado de la vagancia de su esposo ignorando por completo todo lo que yo comentase al respecto. ¡Ya es suficiente!»

Madame Almeida se irguió con dificultad sobre sus codos y volvió hacia mí una cara incrédula. La piel fláccida bajo su barbilla vibró levemente, tenía los ojos como platos.

«Creo que vamos a hacer un experimento, Madame. Es evidente que no por venir aquí se encuentra mejor, de modo que le propongo que probemos algo nuevo. Hasta que sea el momento de vernos la próxima

semana, deberá evitar toda agitación. Le comunicará a su marido que él va a ocuparse de las cosas prácticas porque a usted le han ordenado que descanse, así que dedíquese a disfrutar del buen tiempo, leer un libro, o hacer aquello que le apetezca. Reunirse con algunos buenos amigos.»

Madame Almeida estalló con el rostro encendido: «Pero ¡si Bernard no sabe cocinar! ¡Ni lavar la ropa ni planchar! ¡Bernard no sabe hacer nada!»

Me encogí de hombros. Bernard me daba exactamente igual.

«Eso no lo podemos saber hasta que no le demos una oportunidad», dije con toda la amabilidad de que fui capaz. «Se trata solo de un experimento, sin graves consecuencias. Póngalo en práctica lo mejor que pueda y el próximo día evaluaremos los resultados.»

Madame Almeida se quedó mirándome fijamente todavía unos segundos. Parecía que intentase formular algo y no hallase las palabras porque la realidad se le escapaba de las manos. Me levanté para indicar que la conversación había concluido y ella me siguió de manera mecánica hasta la puerta.

«Doctor, nunca me he visto en semejantes circunstancias», logró al fin expresar, y yo tuve que evitar sonreírme.

«Creo que nos hace falta un cambio, Madame. ¿No le parece?»

Me dirigió una última mirada recelosa, apretó el bolso fuertemente contra el busto, como si yo hubiese intentado robarle alguna cosa, y abandonó la consulta a pasitos cortos y rápidos dentro de su extensa falda.

Después de que se fuera, consideré la posibilidad de no volver a verla jamás, pero lo dudaba. Ella necesitaba testigos de su martirio, en caso contrario no tendría gracia. ¿Y adónde iría a despotricar si no era aquí?

La jornada había acabado y solo quedaba cerrar la clínica. Entonces se presentó la angustia. El pulso vibró en mi cuerpo igual que si yo fuese un diapasón en manos de un compositor furioso, y si no hubiese sido porque ya lo había experimentado muchas otras veces, habría creído sin lugar a dudas que iba a morir. Tuve que hacer paradas en mi trayecto del despacho a la antesala, detenerme en las sillas de los pacientes y tomar aire para volver a ponerme en pie al instante siguiente, porque no podía permanecer quieto.

Las piernas zumbaban debajo de mí, sin embargo logré finalmente colocar en su sitio el historial de Madame Almeida con el dibujo de aquel día a medio hacer, y escapar después a la plenitud de la tarde. Aún había manchas de nieve, finas como papel, sobre los tejados de las casas, mientras motas negras y verdes aparecían en la tierra húmeda y el aire raspaba mis pulmones.

Poco a poco el sudor se resecaba sobre mi piel. Agarré con fuerza el

bastón y me dirigí hacia la ciudad, justo en dirección contraria a mi casa, y estaba ya a pocos metros de su vivienda cuando me permití caer en la cuenta de lo que hacía. Si pudiera verla aunque fuese fugazmente me sentiría mejor, así lo creía. Me conformaba tan solo con su presencia.

Pero Agathe no estaba. En cambio, vi a un hombre delgado, con profundas entradas en el pelo, sentado a la mesa del comedor leyendo el periódico. *Julian*. Sentí una repentina punzada de repulsión; pero ¿qué habría visto en él? ¿Por qué estaba con un hombre que evidentemente no la hacía feliz?

En ese momento alzó la vista. Por un dilatado instante me encontré mirándolo directamente a sus pálidos ojos de pez –que, para ser sinceros, seguro que eran azules– antes de que lograse despegarme de allí y me apresurase a regresar a través de la ciudad preso de una mezcla de humillación e ira.

AGATHE IX

«¿A qué le tiene tanto miedo, Agathe?»

«Creo que a estas alturas prácticamente ya no lo sé; ¿a qué le temen todos?» Levantó las manos en señal de renuncia. «Pienso que hasta la vida se ha vuelto peligrosa. Me atemoriza tocar música, me atemoriza dejar de hacerlo, tengo miedo de acercarme a otros, y miedo de estar sola. ¡No hay sitio para mí en ningún lado!»

«Pero no tiene más remedio que intentarlo, Agathe», dije. «La vida se construye mediante todo aquello que hacemos, y usted no hace nada.»

Resolló y se removió irritada: «No resistiría un nuevo fracaso. ¡Hasta ahora no he hecho otra cosa que fracasar, y es insoportable!»

Una inesperada ola de ternura me invadió y tuve que oponerme al deseo de alargar mi mano hacia ella.

«Pero, Agathe, ¿qué cree usted que es la vida?», pregunté con suavidad.

«¿Qué quiere decir?»

«Da la impresión de que pensara que hay una fórmula para llevar una buena vida, y puesto que no la ha encontrado prescinde de vivir por completo. ¿Es así?»

Se sentó bruscamente quedando de perfil hacia mí mientras sus manos estrujaban el asiento a cada lado de las rodillas.

«Creo que la vida es demasiado corta y demasiado larga al mismo tiempo. Demasiado corta para que uno pueda llegar a aprender cómo hay que vivir. Demasiado larga porque el deterioro no hace sino volverse más y más perceptible a cada día que pasa.»

Su voz salmodiaba, y era evidente que lo pasaba mal, pero yo no podía permitir que la debilidad que sentía por ella obstaculizase la terapia.

«¿De dónde saca que es usted una fracasada?», la presioné.

Negó con la cabeza murmurando: «Créame, ese tipo de cosas se saben.»

«¿Y con quién establece comparación?»

«Con aquella que debería haber sido.» Se restregó fuertemente la cara con ambas manos. «Estoy cansada, doctor. Vamos a tener que dejarlo por hoy.»

Nuestras miradas quedaron trabadas. Parecía tan desgraciada, ¿o era yo el que se miraba en ella? Imaginé que alargaba mi mano para acariciarle el pelo. La veía inclinarse hacia mí, entonces la rodeaba

hasta suprimir la distancia entre nosotros y poder susurrarle que la entendía. Que yo tenía al menos tanto miedo como ella.

En lugar de eso nos despedimos y me dejó solo allí en la silla. Presté atención a sus pasos al atravesar la estancia, empleaba nueve mientras que yo hacía el trayecto en ocho, y oí cómo la puerta exterior se cerraba tras ella con un sonido metálico.

AMOR

El día en que me faltaban doscientas dos conversaciones, desperté acalorado y lleno de manchas rojas, con la sábana y el edredón aprisionados contra la pared en un sudoroso gurruño. La cuenta regresiva me había acompañado en mis sueños, donde yo corría como un loco para salvar a todos mis pacientes antes de que muriésemos, y aquella sensación de estar ajetreado no pudo arrastrarla el agua por más tiempo que me pasé bajo la ducha. Pronto todo acabaría, ¿y entonces qué? ¿Habría hecho realmente todo lo posible por ayudarlos?

Al llegar a la clínica me detuve un instante en la puerta y evalué la habitación. ¿No olía raro? ¿No recordaba vagamente a cuando me olvidaba de algo en la nevera que se deshacía detrás en un charco húmedo, o no vaciaba el cubo de la basura? Pocas veces me había parado a pensar en ello, pero Madame Surrugue solía limpiar y cambiar la toalla de las manos en el baño, y a menudo compraba flores que colocaba en jarrones aquí y allá. Sin ella, la consulta se desmoronaba lenta pero inexorablemente. Los pacientes se reemplazaban en el diván como si siguiesen una complicada pauta que alguien con la perspectiva adecuada sería capaz de descifrar. Pensé en Thomas. Durante nuestro encuentro hubo una especie de franqueza entre nosotros que me habría gustado poder incluir en la terapia. La muerte nos había obligado –esa impresión daba– a saltarnos un montón de fases intermedias para ir directamente a lo esencial, pero ¿acaso era aquello factible sin la intervención de la muerte?

Mientras Madame Olive realizaba asociaciones relativas al concepto de amor, yo continué reflexionando. A lo mejor era del todo imposible establecer una auténtica relación aquí en la consulta, dado que una de las personas pagaba a la otra por escuchar, y donde los pacientes por definición estaban enfermos, mientras que yo me ocupaba del tratamiento.

«De hecho no creo que sea amor lo que siento por mi marido», oí declarar a Madame Olive. «Y aun así a menudo decimos que nos amamos. Pero se dicen tantas cosas.»

«Hum», ronroneé.

«Por otra parte, prefiero estar con él que sola. Eso tiene que significar también algo.»

Volví a murmurar considerando hasta qué punto significaba otra cosa aparte de que le daba miedo estar sola.

«Quizá», suspiró Madame Olive, «no me pondría a abrillantar toda la

plata cada día solo con que amase a mi marido un poco más.»

En este punto no pude dejar de reírme: «No diga eso, Madame. Creo que sería mejor que intentase encontrar algo más de amor para sí misma.»

Madame Olive sonrió asombrada.

«Nunca lo había visto de esa manera, doctor.»

Eran las seis de la tarde, y, tras haber hablado con cuatro pacientes antes del almuerzo y con otros cuatro después, no acusaba cansancio. Al contrario, me apetecía bailar, arrancarme mis viejos huesos y buscar una nueva oportunidad como hombre joven, viril. Y, por trivial que pudiera sonar, tenía unas ganas atroces de ser alguien significativo.

Extrañamente inquieto e incapaz de irme a casa, me puse a dar vueltas por la clínica al buen tuntún. Primero me desplacé a lo largo de las paredes de la amplia estancia, pasé junto al sitio de Madame Surrugue, deslicé mis dedos por el bonito escritorio, después fui a mi propio despacho. Realmente me gustaba ese lugar. Allí hallé por vez primera algo mío y que quizá hasta se me diera bien. ¿Por qué lo había dejado escapar? ¿Por simple pereza, o era yo en definitiva tan arrogante que empezaron a aburrirme las desgracias de los demás?

Me acerqué a la ventana y miré la calle vacía de gente. Noté en las palmas de las manos la fría madera del marco de la ventana, me balanceé ligeramente adelante y atrás. Entonces me incliné por completo hacia delante hasta que la frente tocó la ventana y sentí la sangre golpear en el lugar en que la piel presionaba contra el cristal.

LA DECISIÓN

Eran las siete y treinta y cinco, el cielo sobre mí parecía un alto recuadro azul grisáceo. Un grupo de niños con el uniforme escolar recién planchado y el pelo peinado con agua jugaban en pos unos de otros, luchando por ver quién evitaba ser sacado de un empujón a la calzada. Con toda seguridad iban a la École Saint Paul, al otro lado de la ciudad, y cierto número de madres, que acababan de besarles para despedirse, habrían pasado sin duda por mi diván a lo largo de los años. De repente una clara voz infantil gritó justo detrás de mí: «¡Buenos días, Monsieur!»

Se trataba de la pequeña del número cuatro. Prácticamente bailaba cuando pasó junto a mí en una especie de carrera de golfillo desplazando el peso de una pierna a otra, y antes de que yo acertase a responder ya se encontraba muy por delante con la cartera del colegio brincando arriba y abajo sobre la espalda.

Tan pronto como atisbé mi consulta al final de la calle supe que Madame Surrugue aún no había regresado; parecía que hasta los ladrillos irradiaban vacuidad. Una soledad absoluta, pensé, aunque no estaba seguro de si sería simplemente la mía propia la que allí veía.

Una vez que terminó la jornada y hube dejado los ochos historiales provisionalmente en la esquina del escritorio de mi secretaria, una decisión cristalizó en mi interior. La idea debía de haber surgido durante la noche, y en aquel momento hizo que me detuviese en la floristería, donde el marido de una de mis pacientes me ayudó amablemente a formar un ramo con flores cuyo nombre desconocía y luego me escoltó al subir por la rue du Pavillon hasta coger un maloliente autobús número treinta y uno abarrotado de gente.

Por el camino rememoré mi primer encuentro con Madame Surrugue. Ella respondió a una oferta de empleo que yo había puesto en el periódico local cuando me di cuenta de que no iba a poder a un tiempo ejercer de médico y encargarme del trabajo administrativo de la clínica. Me asigné un día libre entero que dediqué a realizar entrevistas, pero tan solo después de las tres primeras candidatas estuve a punto de renunciar a la idea de encontrar alguna vez una persona con la que tolerase trabajar.

Entonces llegó ella. Vestida de manera impecable con una falda larga y chaqueta a juego, el pelo recogido en un moño tirante sin el que nunca había dejado de verla desde ese día. Por alguna razón recordaba también con toda claridad sus zapatos marrones de tacón

bajo anguloso con broche delante, que llevó por lo menos durante los cinco años siguientes a que yo la contratase.

Le pedí que escribiese a máquina al dictado, lo que hizo velozmente sin faltas, y le pregunté acerca de sus anteriores puestos de trabajo.

«He ayudado en la tienda de mi padre desde los doce años, yo me ocupaba de las contabilidad y de escribir en limpio las cartas que mi padre enviaba a proveedores y clientes. A los diecinueve entré a trabajar con un abogado y hasta ahora me he encargado de su agenda, todo el trabajo administrativo, el archivo de casos, etcétera.»

Me alargó un trozo de papel doblado con esmero, en el que se leían palabras elogiosas acerca de su labor.

«Tenga, puede contactar con él para preguntarle por la calidad de mi trabajo.»

El día siguiente comuniqué a Madame Surrugue, quien por aquel entonces era Mademoiselle Binout, que el empleo era suyo.

No vi la casa roja con el número doce de hierro en la puerta del jardín hasta que el autobús pasaba junto a ella, y me sorprendí a mí mismo gritándole al conductor que debía bajar. Fue un alivio escapar de aquella multitud de cuerpos aprisionados, y una vez fuera me sequé las manos en los pantalones de manera casi febril.

Algunos años después de contratarla acudí a Monsieur Bonnevie, el abogado que Madame Surrugue había indicado que fue su anterior empleador. Quería informarme sobre la posibilidad de comprar la consulta, que hasta ese momento alquilaba, y mi asombro fue grande cuando, al elogiar yo a nuestra secretaria común, respondió que nunca había oído hablar de ella. Jamás se lo mencioné a Madame Surrugue. Ella cumplía con su trabajo de forma intachable, además yo encontraba un especial regocijo en el hecho de haberla descubierto. Se trataba de un secreto al mismo tiempo nuestro y solo mío, y su farol solo logró que yo la respetase todavía más.

«Buenos días, Madame.»

Me incliné y alcé mi sombrero, pero no me había detenido a pensar seriamente mi visita y de pronto no supe qué debía hacer. Madame Surrugue se quedó mirándome como si hubiese olvidado quién era yo, y carraspeé inseguro mientras cambiaba el peso de una pierna a la otra. Me impactó lo distinta que la encontraba. Parecía haber perdido varios kilos, y de su moño desaliñado asomaban puntiagudos mechones salpicados de gris en los que yo no había reparado con anterioridad.

Entonces me acordé de las flores, que aprisionaba dentro de la mano húmeda, y se las entregué a Madame Surrugue del mismo modo que antaño le entregaba mi bastón. Quizá ella se dejase llevar también por

la vieja costumbre, pues tomó el ramo y eso al parecer la ayudó a recordar cómo se comportan las personas.

«Muchas gracias, Monsieur, las pondré en agua enseguida», dijo, haciéndose a un lado mientras abría la puerta. «¿No quiere pasar?»

CAFÉ

«Créame, he estado muy atareado sin usted», inicié la conversación con una frase que me había preparado en el autobús. La informé de que pronto los historiales se hallarían todos juntos fuera sobre su mesa, y que muchos pacientes me habían preguntado por ella solicitándome que la saludase.

«Qué considerados.» Sonrió débilmente. «¡Pero no llego a entender cómo puede ser tan difícil archivar los historiales en el armario donde, como bien sabe, han estado siempre!»

Resultaba francamente agradable que me regañase, y las mejillas de Madame Surrugue se sonrojaron un poco mientras hablaba.

«He trabajado para usted durante más de treinta años sin vacaciones en términos generales y el castillo de naipes empieza a tambalearse en el momento en que una se toma la libertad...»

Se paso rápidamente la mano por la boca y nos quedamos unos instantes en silencio. Después se irguió de forma brusca.

«¿Café?»

La observé mientras trabajaba. Sus movimientos eran más lentos y en cierto modo menos eficientes que en la clínica, lo cual me entristeció al tiempo que me sentía extrañamente honrado por haber podido verla así.

«Ha sido muy amable por su parte venir otra vez», dijo de pronto dándome todavía la espalda. «Thomas apreció mucho su visita anterior y parece como si estuviera más tranquilo desde entonces.»

«Me alegro», respondí, y sacudí la cabeza, «aunque ciertamente me ayudó más él a mí. ¿Cómo está hoy?»

«Acaba de dormirse», contestó, y puso la cafetera sobre una bandeja, «ha pasado una mala noche. Tiene muchas así.»

Se acercó a la mesa con la bandeja, apartó un montón de papeles y puso frente a nosotros platillos, tazas, azúcar, una jarra de nata líquida y café.

«¿Cuánto tiempo llevan en esta situación?», pregunté.

Con movimientos controlados Madame Surrugue alisó el mantel delante de ella varias veces, después suspiró.

«Comenzó bastante antes de que me cogiera la baja. Thomas sufría dolor de estómago desde hacía varios meses, pero no quería ir al médico. Cuando al fin acudimos le dijeron sin ambages que no se podía hacer nada, de modo que podía llevármelo nuevamente a casa. Entonces decidí quedarme con él.» Miró hacia arriba con ojos

brillantes. «En realidad puede morirse en cualquier momento.»

Asentí y bajé la vista a su mano, que descansaba sobre la mesa frente a mí. Parecía un pájaro que alguien hubiese derribado del cielo.

«Thomas es un buen hombre», dije, y volví a experimentar lo insuficientes que podían resultar las palabras. Seguro que Madame Surrugue llevaba casada con Thomas más de veinte años. Ahora él se estaba muriendo justo al otro lado de la pared a mi derecha y no se me ocurría decir otra cosa sino que era un buen hombre.

Sin embargo, Madame Surrugue se limitó a asentir con la cabeza, sirvió café para ambos y acomodó los pies sobre la silla más próxima.

«Quién iba a pensarlo», dijo casi maravillada mientras me examinaba con ojos escrutadores. Me removí inquieto en la silla.

«¿Pensar qué, Madame?»

«Pues que fuese a venir», dijo, y volvió a apartar la vista de mí para soplar el café y tomar un sorbo. «Tan solo eso. Y jamás lo habría creído.»

Alargué la mano en busca de mi taza y le devolví la sonrisa.

«No faltaría más, Madame», dije.

AGATHE X

Se hallaba sentada junto a la ventana con el tierno sol de principios de verano en el pelo y parecía que se encontrara muy lejos. Si uno no supiese más acerca de ella sería imposible pensar que estaba enferma. Por un dilatado instante permanecí en pie mirándola simplemente, después recuperé la compostura.

«Buenas tardes, Agathe», la saludé. «Pase.»

«Gracias», respondió, pasando por mi lado al interior del despacho. «Hoy tiene usted un aire triste, aunque ciertamente siempre lo tiene. ¿Está triste, doctor?»

La pregunta era sencilla, sin embargo nadie me la había planteado antes y me golpeó como un puñetazo en el estómago.

«Eso...», comencé a decir, pero de repente la garganta se me quedó muy seca y hube de tragar antes de poder continuar: «Eso es algo sobre lo que no me paro a pensar.»

«¿Es algo sobre lo que no se para a pensar?» Se sentó al borde del diván y me miró desafiante. Sus grandes ojos se hallaban demasiado cerca y tuve que esforzarme para no apartar la vista.

«No», dije.

Frunció el ceño: «Pero bueno, doctor, ¿cómo puede dedicar su existencia a paliar el sufrimiento de los demás sin ninguna consideración para el suyo?»

Maldito acaloramiento. Habría dado cualquier cosa por abrir una ventana, pero sentía mis piernas tan flojas que permanecí sentado mientras un calor ardiente se extendía desde el pecho.

«Sin duda he desarrollado cierta habilidad que me permite dejar las cuestiones en suspenso cuando abandono la consulta por las tardes», dije con un tono de voz que esperaba sonase relajado. «Pero ¿y usted, Agathe, cómo se encuentra hoy?»

«¿No va a responder?», insistió en preguntar. «¿Hasta qué punto puede afirmar que comprende a otros cuando ni siquiera sabe cómo le va a usted?»

Retuvo mi mirada al tiempo que yo me hundía cada vez a mayor profundidad y el lápiz y el bloc desaparecían junto con todos los manuales, y al final quedé al desnudo, un hombre temeroso que pronto cumpliría setenta y dos años, con gafas grasientas y cañones de la barba demasiado crecidos.

Me pareció que transcurría una auténtica eternidad antes de que yo respondiese: «Bueno, tampoco puedo afirmarlo, desde luego. Tiene

razón», abrí los brazos y los dejé caer, «¡no tengo ni idea de cómo funcionan los seres humanos! ¿Qué me dice a eso, eh? ¡Todo es una completa farsa!»

Agathe exhaló aire por la nariz a medio camino entre un resoplido y una risa: «¡En cualquier caso creo que ahora está exagerando, doctor! He hablado con muchos médicos antes de usted y son poquísimos los que de verdad escuchan lo que una dice. Aprecio muchísimo su ayuda.»

Yo no entendía nada; ¿no acabábamos de coincidir en que era un farsante?

«Ya solo el hecho de venir aquí a hablar con alguien que de veras se interesa por mí y no dice simplemente que tengo que ser ingresada significa mucho. ¿No se da cuenta?»

Negué con la cabeza.

«Pues así es. Aunque sigo sin verle ningún sentido a que pueda sentarse ahí convencido de que es experto en enfermedades mentales cuando no ha considerado ni una sola vez que usted mismo lo pasa terriblemente mal.»

Al fin regresó mi voz: «Pero ¿qué le hace pensar que lo paso terriblemente mal?»

«¿Por dónde empiezo? Usted empezó a desmoronarse a partir del momento en que su secretaria cogió la baja. Huele raro, la consulta está hecha un desbarajuste y tengo la sensación de que ha llevado el mismo traje desde el primer día en que nos vimos.»

Dejó aparecer un mentón puntiagudo al sonreír, aunque después prosiguió en un tono más serio: «Por supuesto también están sus manos temblorosas.» Bajé la mirada estupefacto a mis manos con lentigos. «Pero es su cara la que realmente lo delata. Hasta cuando sonríe se le ve apesadumbrado.»

Pues sí, pensé, seguramente tenía razón. Pero ¿qué podía hacer yo en ese sentido? Era la propia existencia la que me había decepcionado.

«¿Por qué cree que me siento justo aquí detrás, donde no puedan verme?», le pregunté para no dejarme acoquinar por completo.

«Ajá», me señaló con un dedo amenazador, «¡ahora todo empieza a cobrar sentido!»

Reí con una voz que no me pertenecía, o a lo mejor era la risa lo que desconocía. Pero había algo liberador en el hecho de ser visto por Agathe.

«Vaya, luego sí que *puede* reírse», dijo, «qué fastidio. Entonces le debo a Julian una cena.»

NATACIÓN

La angustia estaba aguardándome. Tan pronto como Agathe hubo abandonado el despacho, afluyó a mis pies igual que una tromba. Era terrorífica la cantidad de horas que faltaban antes de irme a dormir, y solo de pensar en todo el tiempo durante el cual debía huir de la angustia me provocó cansancio.

De camino a casa compré pan y jamón para la cena. El dependiente aparecía extrañamente borroso; no conseguía fijar sus rasgos y las pulsaciones tronaban en mis oídos.

«Noventa céntimos, Monsieur.»

Le entregué algún dinero y di media vuelta para marcharme.

«¡Monsieur, el cambio!», oí decir en algún lugar a mis espaldas, pero yo ya había iniciado un movimiento que resultaba imposible detener.

El pecho crujía y me percaté, sin haberlo decidido propiamente, de que mis pasos me conducían al lago en lugar de seguir la trayectoria derecha a casa. *Agathe, Agathe*, oía cantar en mi mente; de repente había agua delante de mis pies, y no me detuve cuando el frescor irrumpió en mis zapatos.

Un paso más. Notaba el fondo duro y maleable al mismo tiempo, el agua me llegaba a la mitad de las pantorrillas y nunca había sentido algo tan apaciguador. El frescor penetró por mis pantalones, continuó a través de mi piel y entró en el ardor mismo de la angustia, y cuando el agua alcanzó mis caderas me deslicé hacia delante dando una brazada, de forma que todo mi sudoroso cuerpo crispado fue engullido.

«Aaaaah», suspiré, giré sobre mi espalda y nadé hacia el centro del lago con una ligereza liberadora que había olvidado que existiese.

NIMIEDADES

La primera paciente del día era nada menos que Madame Almeida y me percaté de que después de ella me quedarían exactamente cien conversaciones. Aquella mujerona había faltado a todas nuestras citas desde que la sorprendí con mi intervención experimental, y ya empezaba a pensar si después de todo habría errado en mi juicio acerca de ella.

Mas de repente allí estaba. La boca era una delgada línea amarga, los tacones tableteaban acusadores contra el suelo y sobre todo se mantenía en silencio.

«Vaya, ¿cómo le ha ido durante las pasadas semanas, Madame?», empecé diciendo.

Se encogió de hombros arisca.

«La última vez le puse una tarea difícil. ¿Quizá quiera contarme cómo ha resultado?»

Me dirigió una breve mirada.

«No ha resultado.»

«Bueno, pero eso también es un resultado», dije alentador. «¿Por qué no ha resultado?»

«Pues porque era una tarea imposible. ¡Una completa estupidez!»

Volvió a mirarme igual que una niña porfiada sacando la mandíbula inferior y tuve que reprimir una sonrisa.

«Usted no conoce a Bernard en absoluto», prosiguió. «¡Y empiezo a pensar que tampoco me conoce a mí!»

«¿No?»

«¡No! En caso contrario jamás se le habría ocurrido sugerir que evitase toda agitación. Ya que la única manera en que puedo encontrar sosiego es no parar.»

«Ajá», sonreí.

«¿Ajá qué?», dijo torciendo el gesto. «No hace más que sentarse ahí con sus “hum” y sus “ajá”, ¿cómo va a ayudarme eso?»

Desde luego ahí podía tener cierta razón, pero hoy no iba a escapar tan fácilmente.

«Sea tan amable de recordarme en qué debía yo ayudarla, Madame», le pregunté.

«Esto es el colmo», reventó. «¿Y me lo pregunta después de tres años?»

«Creía que había venido para lograr control sobre sus nervios. Hemos hablado acerca de todo, desde su infancia hasta su respiración,

sin éxito, de manera que el próximo paso lógico tendrá que consistir en volver el objetivo hacia el presente y aprender a tomarse menos en serio los pequeños problemas del día a día. Pero usted se niega. Y entonces yo le pregunto: ¿para qué necesita mi ayuda realmente?»

Madame Almeida se derrumbó, sus anchos hombros se aflojaban mientras la espalda se encorvaba en actitud protectora hacia su estómago estratificado.

«Si desea mejorar, Madame, veo dos caminos. Puede que incluso ambos vayan de la mano. Uno apunta a que se ejercite en quitarle hierro a todas esas trivialidades y que reduzca sus obligaciones diarias. El otro consiste en que introduzca alguna cosa en su existencia que le dé sentido.»

No cabía duda de que escuchaba. Quizá todavía no comprendiera lo que le decía, pero el caso era que lo estaba intentando.

«En mi opinión debe empezar a emplear tiempo en cosas que realmente signifiquen algo para usted, más allá de limpiar y hacer la compra. ¡Cosas que la hagan sentirse contenta! O en cualquier caso», me apresuré a añadir, «que le interesen. Entonces todas esas nimiedades le aseguro que terminarán por palidecer.»

«¿Todas esas nimiedades?», preguntó con la cabeza hundida y el labio inferior tembloroso.

«Sí», respondí. «Todo aquello con lo que laboriosamente llena las horas, aunque en definitiva solo consiga enojarla. ¡Porque tendrá que haber algo más que eso!»

Madame Almeida resopló. Entonces asintió irresoluta con la cabeza y alzó la vista hacia mí.

«Pues no deja de tener gracia que lo mencione, doctor», dijo ella. «Justo eso mismo es lo que yo siempre había pensado.»

LIMPIEZA

De repente aquella tarde me resultó difícil reconciliarme con el hecho de que mi casa tuviese exactamente el mismo aspecto que siempre había tenido. Miré en torno, y aunque todo lo conocía de sobra, me pareció a un tiempo impuesto y fuera de lugar. Me sorprendió que durante mi vida adulta no hubiese adquirido un solo objeto nuevo para la casa, ni siquiera un simple tenedor u otro colchón para la cama.

Todo era heredado o regalo de mis padres, y lo tenía porque cumplía su función.

Así que comencé con las pinturas de mi padre. Una a una las bajé de su clavo y mientras lo hacía me asombraba cada vez más de lo descoloridas que podían estar mis paredes.

Eran siete pinturas en total, todas con imágenes que recordaba mejor que el rostro de mi padre cuando cerraba los ojos. Muchas de ellas tenían más años que yo mismo; siempre habían estado ahí colgadas, sin que jamás me hubiese parado a pensar si de veras me gustaban.

Después me dirigí al secreter. No miraba en su interior desde hacía muchos años, de modo que revisé los cajones con cierta curiosidad. Mis padres no fueron personas inclinadas al sentimentalismo, así por ejemplo nunca contaban episodios graciosos acerca de cosas que yo hubiese hecho de niño. Y sin embargo en uno de los cajones encontré una arqueta que contenía mis dientes de leche, y en varias de las pinturas de mi padre aparecían pequeños rastros de alguien que siempre había sabido que era yo. Una pisada infantil en la arena, una figura alta y una baja entre los árboles de un bosque a lo lejos.

En el cajón inferior encontré un mantel y sobre él empecé a amontonar las cosas que iba a tirar. El cajón superior estaba trabado, pero logré abrirlo con un par de fuertes tirones. Como pude comprobar, contenía parte de los útiles de pintar de mi padre: tizas de colores y pinturas al óleo, pinceles guardados con esmero en bolsas y un par de cuadernos de apuntes llenos. Hallé también la caja de los lápices especiales que mi padre solo me permitía utilizar cuando pintábamos juntos.

Los pequeños cajones de la parte superior guardaban la correspondencia de mis padres de la época anterior a cuando mi madre se mudó a Inglaterra, algunas fotografías, un abrecartas y una bolsa blanca de papel con sellos que hacía mucho tiempo que habían

dejado de imprimirse. La mayor parte fue a parar al montón de desechos, después alargué la mano en busca de uno de los cuadernos negros que había encontrado para mi gran alegría en el cajón del centro. Los usaba muchos años antes, por las tardes, cuando el último paciente cerraba la puerta tras de sí y yo, a falta de algo mejor, discutía los asuntos conmigo mismo. *Ejercítate en la escucha*, ponía en un sitio, y sentí un callado pesar al pensar en mi joven yo, sentado allí reflexionando acerca de cómo podía mejorar en su profesión. Deslicé el dedo índice por las fervorosas marcas en el papel. La escritura era idéntica; el hombre se había vuelto distinto mientras yo miraba hacia otro lado.

Permanecí sentado en la misma posición hojeando los cuadernos, me alegraba al hallar alguna buena observación y traje a mi memoria pacientes especialmente difíciles o encantadores, hasta que al final ya no pude más. Todo aquello me causaba dolor.

Extenuado me senté en el borde de la cama y calibré si tendría fuerzas para lavarme los dientes. En lugar de ello me incliné hacia atrás hasta quedar tendido sobre la espalda, con las piernas todavía en el borde y los pies reposando en el suelo. Así me desperté en mitad de la noche, con el cuerpo enteramente molido, y a duras penas logré quitarme los zapatos y meterme bajo el edredón como es debido antes de volver a quedarme dormido.

Al día siguiente reviví en un cuerpo dolorido pero maravillosamente relajado. Desayuné en el salón que se veía nuevo y desnudo sin las pinturas; justo igual que un lienzo que imploraba ser rellenado. Cuando salí de casa arrastraba un bolsón negro que tiré en el vertedero situado unas pocas calles más allá.

Día 12/5/1928, cuaderno n.° 4

Directrices

Funciona muy bien el hecho de sentarse detrás de los pacientes; hablan con mayor libertad + asocian de manera más profunda. Leer más acerca de la interpretación de los sueños; ¿cómo habría que entender el sueño recurrente de Madame Tremblay relativo a perder los dientes?

Mi estilo

Intentar plantear menos preguntas, dejar al paciente mayor protagonismo. Diferenciar entre preguntas abiertas y cerradas; preguntar con el fin de comprender, no para manipular. Alain contó que su hermana se ahogó ante sus ojos. ¿Qué se hace con la pena de uno durante la terapia? No es deseable que él se cargue de contratransferencia, de modo que no comenté nada. ¿Dónde se halla la frontera entre la frialdad y lo profesional?

Alain: Encaminándose al núcleo del trauma; la pérdida de la hermana, el sentimiento de culpa y el amor perdido de su madre. Proseguir.
Mme. Tremblay: ¿Podrían los dientes significar pérdida de acción? ¿Impotencia en un mal matrimonio? Mlle. Sofie: No se ha llegado muy lejos aún, patina en la superficie. Dirigir más.
M. Laurant: Muy compulsivo. Trae su propia manta para el diván que lava cada vez. ¿Fijación anal?
Mme. Mineur: Encantadora. Quizá demasiado; jamás impone su voluntad, me deja llevar la dirección en todo; ¿una imagen de su conducta en el mundo real?
M. Ricceteur: Depresión. En términos generales no habla. ¿Qué ha sucedido?

AGATHE XI

Seis conversaciones para lograr llegar hasta ella.

Reproduje mentalmente varias veces nuestra última sesión y, con sinceridad, no sabía lo que me cabía esperar. ¿Nos sería posible continuar igual que antes, o de algún modo me habría perdido el respeto después de que yo me desmoronase?

Cuando abrí la puerta para llamarla y hacer que pasase, se encontraba recostada contra la pared mirando a través de la ventana.

«Me parece que ha llegado el verano sin darme cuenta, doctor», dijo, y se giró hacia mí. «Tan solo hace unas semanas nevó y ahora todo es una explosión de color.»

Eché un vistazo a la calle. Tenía razón; los arbustos se habían revitalizado, desbordantes de verdor, y la hierba de los céspedes era fresca y abundante. En el momento en que me entregase a la vida de jubilado sería pleno verano.

Me senté detrás de Agathe y permanecí expectante mientras ella yacía en silencio varios minutos. Cuando al fin habló daba la impresión de que hubiese rumiado aquellas palabras en su boca mucho tiempo antes de que pudieran ser depositadas aquí: «¿Recuerda el día en que me preguntó de qué tenía miedo, doctor?»

«¿Sí?»

«Quizá ya lo haya adivinado, pero mi padre nos tocaba. Sobre todo a mí –bueno, yo llegué la primera–, aunque también a Veronika. A veces me atrapaba al pasar junto a su silla y después no podía liberarme. Entonces se ponía a palparme, desde los muslos subía entre mis piernas, alrededor de mis caderas hasta el culo, continuaba hacia arriba por encima del pecho y el cuello. Terminaba en mi rostro.»

Tragó con dificultad, su voz sonaba plana y distante al recitar la trayectoria de las manos. Conforme ella hablaba el malestar se iba extendiendo por mi cuerpo. Tenía razón, puede que lo hubiese presentido, y aun así me enfurecía. No era la primera vez que escuchaba relatos sobre abusos, pero aquello parecía más sutil; mejor disimulado.

«Siempre empleaba la mayor parte del tiempo en la cara, en concreto mi boca. Sobre todo no debía llorar, porque entonces él me consolaba, algo casi todavía peor.»

Mis mandíbulas se apretaban al imaginar el goce en el rostro del padre con sus ojos ciegos muy abiertos y el cuerpo infantil rígido de Agathe bajo sus manos. Noté que aprisionaba el lápiz con tal fuerza

que sentí dolor y aflojé los dedos.

«Resultaba tan repulsivo», prosiguió Agathe. «Odiaba aquello, pero mi madre decía que se trataba de algo natural, simplemente el modo que él tenía de ver. Que intentaba saber quién era yo.»

«¿Cuándo dejó de hacerlo?», pregunté.

«En realidad nunca, solo que me marché de casa. Y podía evitarlo con mayor facilidad, porque las veces que por fin iba a casa de visita solían tener invitados. Él murió hace diez años.»

«¿Y su madre?»

«Aún vive allí», suspiró Agathe. «La visito un par de veces al año, pero a menudo acabamos en un...» Buscaba las palabras. «Bueno, en un punto muerto.»

«Da la impresión de que su madre estaba al menos tan ciega como su padre», dije confiando en que ella no oyese el estremecimiento de mi voz. De haber podido, habría molido a palos a sus padres.

«En realidad creo que mi madre sabía muy bien lo que él hacía», respondió. «Aunque no llego a dilucidar si sencillamente le daba igual o si lo que le gustaba era verme pasarlo mal.»

De pronto se me ocurrió una asociación.

«Agathe, ¿recuerda los prismáticos de su sueño?»

«¿Sí?»

«¿Se da cuenta ahora de lo que significan y que no comprendimos en aquella ocasión?» Exaltado me incliné hacia ella.

Ella dudaba: «No sé..., ¿en qué está pensando?»

«¡Pienso que esos prismáticos son su conflicto básico!»

En ese momento hablaba prácticamente a gritos, pero mi fervor no me permitía dejar de hacerlo: «Lo que desea por encima de todo es que la vean, ¡en caso contrario no existe! Aquello que su padre veía mediante las manos usted ha terminado por odiarlo. Y su madre lo toleraba tranquilamente, aun cuando usted se rompiera en pedazos ante los ojos de ella. ¿No ve que sus padres han conseguido que sea invisible para usted misma?» La sangre tronaba en mi cabeza, una vez más me representé a Agathe al borde de la silla en la casa encalada con una expresión que nadie debería tener.

Su voz sonó débil y pareció como si aguantara la respiración cuando preguntó: «¿Y eso qué significa entonces?»

Una pregunta bien simple. Mientras respondía tuve plena conciencia de que me quedaban exactamente setenta y una conversaciones antes de jubilarme, de las cuales solo seis eran con Agathe. De repente, los números que siempre me parecían tan elevados, se me antojaron espantosamente bajos.

«Significa que ha de aprender a verse a sí misma, Agathe.»

FONDO Y FIGURA

El funeral tuvo lugar un domingo por la mañana. Madame Surrugue me había enviado una invitación formal por correo, y no hallé ninguna buena razón para no asistir.

De modo que allí estaba yo, de pie, con las palmas de las manos húmedas y mi traje de entierro negro que olía a bolas de naftalina, bajo los rayos del sol. La gente desfilaba por delante de mí para entrar justo en la misma iglesia donde mis padres se casaron y también fueron sepultados. Se trataba en su mayoría de ancianos con ropa oscura y rostros respetuosos, muchos de ellos me saludaban aunque apenas nos conociéramos.

Viví una experiencia semejante durante la ceremonia de mis padres; recordaba todos aquellos apretones compasivos de manos, las miradas que me exigían algo que yo no era capaz de sacar de mí. ¿*Conoce usted la muerte*?

Entonces llegó Madame Surrugue y se detuvo brevemente delante de mí. Le alargué la mano.

«Mis condolencias.»

La apretó mientras asentía. Estaba aún más delgada que la última vez, pero su mirada era serena cuando se encontró con la mía.

«Gracias», dijo.

Sus pasos crujían sobre las piedrecillas del sendero que llevaba hasta la iglesia en el último tramo y por un breve instante congelé la imagen: la mujer de negro y la iglesia blanca frente a ella. Cuando penetró por las puertas dobles se fundieron el negro con el negro.

Seguí a mi secretaria al interior de la iglesia y me senté bajo el coro en el banco de madera liso por el desgaste. En el edificio hacía fresco y el peculiar aroma a piedra, madera y velas se percibía árido comparado con el calor húmedo de fuera. Poco a poco llegaban otros olores: el perfume de las mujeres, la loción capilar de los hombres y el dulzor nauseabundo de los lirios.

¿Regresaría Madame Surrugue a la clínica para ayudarme con las diligencias finales? Durante mis visitas no me atreví a hablarle de ello, pero ahora solo restaba semana y media antes de que me jubilase y todo tenía que quedar arreglado previamente. Había que remitir los últimos pacientes a otros terapeutas o cerrar sus casos, poner en orden los historiales de manera que pudieran ser trasladados o archivados, además aún no estaba formalizado el contrato con el nuevo propietario de la clínica. Toda esa labor no podría llevarse a cabo sin

ella.

Procuré volver a centrarme en la ceremonia. El féretro forrado de terciopelo estaba situado arriba en la parte delantera. ¿Qué aspecto tendría él allí dentro? ¿En su hora postrera se habría marchado de buen grado? Algo me decía que sí.

Permanecí sentado toda la ceremonia, durante el sermón del sacerdote y los cuatro himnos, aunque una traicionera debilidad en la garganta me impedía cantar con el resto y el hedor de las flores me agobiaba cada vez más. Se implantó en forma de dolor tras los ojos taladrando mi piel, y cuando ocho hombres con trajes de chaqueta recién planchados se llevaron fuera a Thomas, algo se quebró en mí.

Un sollozo ascendió por mi garganta y noté que mi rostro se contraía. De manera instintiva lo oculté entre mis manos, pero el llanto cobraba fuerza y tuve que morderme con fuerza el dedo pulgar a fin de amortiguar el quejumbroso sonido que pujaba por salir.

Di un respingo al sentir que un brazo se posaba sobre mis hombros. Mi primer impulso fue sacudírmelo, sin embargo no me moví. Al contrario, para gran asombro mío, continué sentado en el duro banco de la iglesia llorando y con el brazo de una persona desconocida alrededor de mí.

PAZ

El día siguiente del entierro, después del trabajo, me encaminé a Le Gourmand para comprar los ingredientes de una tarta.

Solo una vez que me encontraba en el interior de la tienda con una cesta en la mano, me di cuenta de que no tenía ni idea de por dónde empezar. Por fortuna vi detrás del mostrador a una joven con un pañuelo de lunares azules en torno al pelo que llenaba un tarro de caramelos, fui hacia ella y carraspeé.

«Disculpe que le importune, pero ¿podría usted decirme cómo se hace una tarta?»

La mujer rió sonoramente mostrando dos hoyuelos perfectos.

«Desde luego, no lo dude. ¿Qué tipo de tarta pensaba hacer?»

«Buena pregunta», dije. «¿Algo que lleve manzanas?»

«Una tarta de manzanas, eso está hecho. ¡Sígame!»

Y a continuación me guió entre los estantes. Tomó harina, azúcar y un paquete de mantequilla, me pidió que oliese una rama de canela y puso unos grandes huevos morenos en mi cesta.

«Las manzanas están allí», señaló unos cestos enormes con distintas frutas y verduras, «¿cardamomo tendrá usted en casa?»

«Me temo que no hay más que un poco de pan y queso bastante curado.»

La mujer volvió a reír: «Entonces creo que ha llegado el momento de que amplíe un poco el surtido.»

Me ayudó con el resto de los ingredientes mientras me contaba que su padre traía cada mañana a la tienda huevos frescos, y que la tarta que yo iba a hacer seguía una receta de su difunta abuela, que había sido famosa por su arte culinario.

«¿Para quién va a ser la tarta?»

«Es una especie de tarta de la paz», expliqué, y ella asintió como si fuese lo más natural del mundo.

Una vez que todo el género estuvo guardado en bolsas de papel marrón le di las gracias varias veces.

«No hay de qué», sonrió, «¿tiene usted un papel?»

Le di mi lápiz y el bloc que siempre llevaba en mi maletín y ella se puso a escribir.

«Después solo tiene que dejarla enfriar bastante antes de poder servirla. Y estará lista para la paz.»

Había harina por todos lados. No disponía de batidor alguno, de manera que suprimir por completo los grumos fue una tarea casi

imposible a pesar de que removí lo más enérgicamente que pude. Pero una vez que hube terminado y vi la tarta redondeada y aromática en la vieja bandeja metálica de mi madre, con las láminas de manzana en forma de media luna colocadas primorosamente en espiral, apenas logré contener mi alegría.

El corazón latía con intensidad en mi pecho cuando toqué el timbre. La puerta se abrió, y si él se sorprendió al verme lo disimuló muy bien.

«Buenas», dije mediante exagerados movimientos de la boca, «he hecho una tarta.» Asentí en dirección a la fuente e hice ademán de entregársela.

Por fin podía ver con propiedad a mi vecino. Diría que se hallaba en la sesentena y era algo más rollizo que yo. Llevaba puesto un batín muy lavado, tenía un pelo gris rebelde y gruesas gafas que colgaban de un cordón al cuello. A lo mejor le había interrumpido en mitad de la lectura del periódico.

Como él seguía allí de pie, parpadeando confuso, grité: «¡Tarta!», con iguales excesivos movimientos de articulación que antes.

Dudando, tomó el tibio paquete y se lo llevó a la cara como para olerlo. Una expresión de sorpresa se extendió por su rostro cansado. Entonces alzó una mano que dirigió lentamente al corazón mientras sus labios formaban con claridad la palabra *gracias*. De súbito su imagen me pareció terriblemente lastimosa con el estómago prominente y aquellos mechones de pelo que asomaban de las orejas.

Existes, me dieron ganas de decir; *cuando tocas yo estoy escuchando justo al otro lado de la pared*.

En lugar de hacerlo, asentí y levanté una mano desmañada para despedirme: «No hay de qué. ¡Hasta la vista!»

Una vez que alcancé mi jardín me giré. Y, en efecto, allí seguía mi vecino en el vano de la puerta con la tarta presionada contra el pecho y la mano alzada saludando.

Tarta de manzana

Derrita la mayor parte de la mantequilla en una cacerola, con cuidado de que no se queme.

Revuélvala bien junto con dos tazas colmadas de azúcar hasta que quede de color muy claro y añada los cuatro huevos.

Mézclelo en un cuenco con cuatro tazas de harina, una pizca de sal y una cucharadita de bicarbonato. Eche también un poco de cardamomo y raje las ramas de canela y de vainilla. Simplemente rasque del interior la cantidad que crea oportuna. Si lo desea puede añadir además algo de leche.

Remuévalo todo muy bien, y tatachán, ya tiene su masa. Unte una fuente y vierta la masa en ella, después presione bien los gajos de manzana pelados dentro de la masa. Espolvoree un poquito de azúcar para terminar.

Hornee la tarta a ciento ochenta grados durante al menos tres cuartos de hora. Déjela enfriar media hora como mínimo antes de servirla.

Bon appétit!

EN CASA

Una mañana, tumbado bajo el caliente edredón, miraba la fina red de grietas en el techo mientras repasaba el día venidero. Tenía cita con cinco pacientes y me di cuenta de que en ese preciso instante ya no sabía cuántos me quedaban en total.

En la cocina calenté agua en el hervidor. Saqué del cajón la bolsa con el té de ruibarbo, inspiré el olor de su interior y eché las hierbas oscuras en un colador. Mi vecino estaba despierto; él también hervía agua, pues poco después oí a través de la pared el característico silbido del hervidor. Después retiré las hojas de té, vertí leche en la taza y tomé un rápido desayuno frente a la mesa de la cocina. Al mismo tiempo me preguntaba cómo podía tocar el piano un hombre sordo. Es posible que él hubiese oído alguna vez, pero tenía que preguntárselo un día, si me atrevía.

«Buenos días, Monsieur.»

Me alegré tanto de verla que por primera vez en mi vida rodeé a mi secretaria por los hombros en algo semejante a un abrazo.

«Qué maravilloso que haya vuelto usted», exclamé soltándola de nuevo. «Porque ha vuelto, ¿no?»

Madame Surrugue sonrió cohibida y parecía por completo una jovencita que hubiese recibido su primer cumplido.

«Sí, cómo no», respondió. «Ya no tengo nada que hacer en mi casa, así que ha llegado el momento.»

Entonces tomó mi bastón –hacía demasiado calor para llevar abrigo, incluso para mí– y dejé el sombrero sobre el estante.

«Me he permitido anotar a un nuevo paciente en la agenda», dijo de pasada cuando se dirigía de nuevo a su sitio.

«¿Un nuevo paciente?», grité a sus espaldas. «¡Pero eso no es posible!»

«Bobadas», dijo, girándose hacia mí. «No habrá pensado jubilarse todavía, ¿verdad?»

Me miró de forma tan cortante que vacilé. Jamás logré encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta de a qué dedicaría mi tiempo cuando dejase de trabajar. La cuenta atrás había constituido un fin en sí mismo ¿y al otro lado de la meta? Meros espejos vacíos.

De todas formas me negaba simplemente por principio a darle la razón tan rápido. Le dirigí lo que yo esperaba fuese una mirada amonestadora y dije:

«Tiene usted que consultarme antes de tomar ese tipo de decisiones,

Madame Surrugue, lo sabe perfectamente. No es en absoluto de recibo.»

No se la veía contrita en lo más mínimo.

«Voy a reflexionar acerca del asunto y volveré a hablar con usted esta tarde», dije, y fue mérito de mi secretaria que yo apenas percibiese la leve contracción de su boca cuando asintió y fue a sentarse de nuevo en su trono.

El orden minimalista había sido restituido en la enorme mesa y Madame Surrugue se puso a teclear sobre la máquina de forma impetuosa con la mirada vuelta hacia los papeles que tenía ante sí.

AGATHE XII

Ella caminaba delante de mí, puede que a quince metros. Vestía de negro de la cabeza a los pies a pesar de ser un día de calor abrasador sin sombras; la única nota discordante era una estrecha cinta amarilla alrededor de su pelo. Me pareció que estaba cautivadora, aunque poco a poco seguro que se haría evidente.

Caminaba con paso rápido y decidido, y mis viejas piernas cansadas tenían dificultades para seguir el ritmo, de pronto paró y se giró. Yo también me detuve. El sol ardía en la espalda de mi camisa empapada y pensé: Ya te han descubierto. Se acabó. Todos saben que no se debe mezclar la terapia con la vida real; no hay más que ver cómo le fue al bueno de Jung.

Se había detenido justo frente al café del boulevard des Reines, y entonces alargó una mano hacia delante como para empujar la puerta de cristal al tiempo que con la otra hacía sombra en su mirada. Su voz me llegó perfectamente clara aunque en la acera hubiese algunas personas entre nosotros; y a pesar de estar en funcionamiento el chorro de agua con su borboteo en el jardín donde me oculté de ella la vez anterior. Como si mis oídos se hallasen sintonizados a la frecuencia precisa de su voz.

«Bueno, doctor.» Hizo un leve movimiento de cabeza en dirección al café. «¿Viene o qué?»

Título de la edición original:
Agathe

Publicado con la ayuda de

Danish Arts Foundation

Edición en formato digital: mayo de 2021

© imagen de cubierta, Marta de los Pájaros. Montaje de Diane Parr

© de la traducción, Victoria Alonso, 2021

© Anne Cathrine Bomann, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4285-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es